2069

CEROS

SOCIALES.

Comedia en tres actos y en prosa.

POR EL JOVEN MEXICANO

D. Cárlos Hipólito Serán.

MÉXICO.

Imprenta de LARA, calle de la Palma N. 4.

1852.

257102

CERO SOCIAL.

CEROS SOCIALES.

CEROS
SOCIALES.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR EL JÓVEN MEXICANO

D. Cárlos Hipólito Serán.

REPRESENTADA

EN EL GRAN TEATRO DE SANTA-ANNA,

La noche del 4 de Diciembre de 1851, á beneficio del jóven actor mexicano

D. ANTONIO CASTRO.

MEXICO.

Tipografia de J. Mariano Lara, calle de la Palma Núm. 4.

1852.

☞ La impresion de esta comedia es propiedad del editor, y nadie podrá reimprimirla sin su espreso consentimiento; y las empresas ó compañías dramáticas que quieran poner en escena esta comedia, ó las otras cuya lista insertamos en el forro, que tambien son propiedad del Sr. Serán, no podrán hacerlo sin su permiso, y en su defecto sin el del Sr. D. P. Tovar, quien tiene las instrucciones necesarias del autor. ☜

Ley del 3 de Diciembre de 1846.

Al Sr. D. Jesus Lopez Portillo, en testimonio de sincera amistad y aprecio.

México, Abril 12 de 1851.

El Autor.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/cerossocialescom522sera

CEROS SOCIALES.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
D. AMBROSIO GUZMAN.....	Sr. Mata.
D. FERNANDO DE LA FUENTE...	„ Fabre.
D. PEDRO TORREJA.....	„ Valleto.
D. LUIS DEL PINO.....	„ Castañeda.
D. CARLOS BALBUENA.....	„ Castro.
DOÑA CLARA DE LA FUENTE.....	Sra. Peluffo.
DOÑA LUISA.....	„ Cañete.
DOÑA ISABEL.....	„ Amador.
JUANA.....	„ Lopez.

CRIADOS, &c.

LA ESCENA ES EN MEXICO.

Gerardo López del Castillo.

ACTO PRIMERO.

Sala ricamente amueblada.—Puerta en el foro y laterales.—En el proscenio sofá, mesa redonda con recado de escribir.—A la derecha cómoda de caoba con reloj de péndola.

ESCENA I.

JUANA *(sola, cosiendo)*, *luego* PEDRO.

Mucha será mi fortuna si acabo este trage para esta noche que tenemos baile en casa. . . . Ya se ve, es dia de su santo de la señorita Isabel; y á fé que bien quisiera verla mas guapa que todas sus amiguitas. *(Dán las once en el reloj.)* ¡Las once. . . ! y nadie se ha levantado todavía. . . ! Ya! ahora la moda es convertir la noche en dia. . . . ¡Buena va la danza desde la muerte de D. Diego, y sabe Dios adónde iremos á parar al paso que vamos!

PEDRO, *por el foro*.—Pst! pst. . . ! Juana?

JUANA.—¡Eh! ¿quién es. . . ?

PEDRO, *adelantándose*.—Yo.... ¿Estás sola?

JUANA, *levantándose*.—Sí.... ¿qué mandaba vd?

PEDRO.—Tenemos que hablar.... Doña Clara...?

JUANA.—Nadie se ha levantado todavia.... anoche se desveló la familia en un baile, y esta noche tenemos otro en casa.

PEDRO.—Me alegro.... porque esta es la ocasion que buscaba. Cárlos está abajo esperándome: ¿no pudiéramos hacerle subir sin que nadie lo supiera?

JUANA.—¿Para qué?

PEDRO.—Para que pueda hablar un rato á solas con su Isabel.

JUANA.—¡Animas benditas...! ¿Y si los pilla mano á mano Doña Clara...?.

PEDRO.—Acabas de decir que está durmiendo....

JUANA.—Sí; pero puede levantarse cuando menos lo pensemos.... No, no; esto me parece una imprudencia....

PEDRO.—No tengas cuidado...! hoy debo presentar á Cárlos á la familia.... si nos sorprenden, mejor...! así nos evitamos cumplimientos inútiles. Ademas, Doña Clara nada ha sospechado todavia.

JUANA.—Eso es lo que no sabemos.

PEDRO.—¿Cómo...? Presumes acaso que....

JUANA.—¿Quién sabe? puede ser que ya haya notado....

PEDRO.—¡Eh...! fuera temores y pecho al agua. Voy volando á decirle que suba.... Yo cargo con toda la responsabilidad.... *(Se va corriendo por el foro.)*

ESCENA II.

JUANA (*sola*).

Válgame la Santísima Trinidad...! no sé por qué estoy temblando.... ¡Ya se vé! una mujer como yo, metida en semejante berengenal...! ¿Quién me mandaba traer y llevar cartitas...? Y luego, estos enamorados que todo lo atropellan y á lo mejor se les vá el santo al cielo...! (*Yendo á escuchar por la derecha.*) Felizmente parece que nadie piensa en levantarse todavia.... Pero, señor, ¿por qué estoy temblando como una azogada?

ESCENA III.

PEDRO, JUANA, CARLOS.

CARLOS, *bajando al proscenio con cautela.*—¡Juanita!

JUANA.—¡D. Carlitos...! Dios nos saque con bien.

CARLOS.—¿Has avisado á tu ama que estoy aquí?

JUANA.—Es imposible.

PEDRO.—¿Por qué?

JUANA.—Vaya un ¿por qué? La señorita Isabel duerme en la misma pieza que Doña Clara, y si ésta sospecha algo, ¡huy...! sin remedio tira el diablo de la manta!

PEDRO.—¿Pero no te ocurre ningun pretesto para entrar á hablarla? ¡Vaya...! una mujer siempre tiene á su disposicion algun espediente....

JUANA.—Podrá ser; pero á mí nada me ocurre....

PEDRO.—¡Hola...! bonito vestido.... ¿para quién es...?

JUANA.—Para la niña que quiere estrenarle esta noche.

PEDRO.—¡Feliz casualidad..! Supongo que todavia no está concluido...?

JUANA.—No.

PEDRO.—¡Ah! pues entonces, escucha: toma alguna pieza, una manga, por ejemplo, y vé á ver si está ancha ó angosta. Así puedes decir á Isabel que aquí la espera su pedazo de cielo....

JUANA.—¿Pero saben vdes. que no me parece muy cristiano todo este teje-maneje?

CARLOS.—¡Juanita!

PEDRO.—¡Vamos! déjate de escrúpulos.... ¡qué diablos! "No hagas á los otros lo que no quieras para tí," dice la leyenda católica, apostólica, romana; lo cual supone esta otra máxima: "haz á los demas lo que quisieras que hiciesen para tí...."

JUANA.—Es que yo no estoy en ese caso....

PEDRO.—¡Cómo...! ¿nunca has tenido amante...?

JUANA.—¡Nunca!

PEDRO.—¡Cáspita...! eso equivale á declararse fea como un demonio, y tú no lo eres.

JUANA.—¡Eh! no empiece vd. á adularme...!

CARLOS.—No dice mas que la verdad; pero, mira que delantal tan viejo tienes ahí.... No, no me gusta verte así.... Toma para comprar otro.... (*La dá dinero.*)

JUANA.—Muchas gracias.

CARLOS, *sentándose á la mesa y escribiendo.*--Mira, ya que no quieres ó no puedes hablar á Isabel, haz lo posible por entregarla este papelito. Toma.

JUANA, *tomándole.*--Voy volando.... (*volviendo*) ¡Ah! pero no crea que lo hago por el delantal.

CARLOS.—Cómo habia de creer que por semejante friolera.... (*Tocan campanilla por la derecha.*) ¡Eh! ¿qué es eso?

JUANA.—Doña Clara pide sin duda el desayuno.

PEDRO.—Aprovecha, pues, la ocasion.

JUANA.—Voy á hacer lo posible.... (*Se va por la derecha.*)

ESCENA IV.

PEDRO, CARLOS.

PEDRO.—He consentido en ayudarte, Cárlos; pero con la condicion de que despaches á noramala tu melancolía.... Ea, ten confianza y haz lo que yo.

CARLOS.—Es, que temo....

PEDRO.—¡Quién dijo miedo...! Mira, mira la epístola que recibí ayer de Julia. (*La saca y lee.*) "Muy señor mio: Selebraré que al recibo "de esta, gose vd. de la salud que llo para mi deceo, aunque la posda- "ta de la de vd...." (*Hablado.*) ¿De dónde le habrá ocurrido que mi salud se halla en estado de posdata....? (*Lee.*) "La posdata de la de "vd. me revela su amor."

CARLOS.—¡Já! já! ¡para declararte esperaste llegar á la posdata....!

PEDRO.—Esa jóven calumnia mis talentos epistolares; pero. vamos al grano. (*Lee.*) "Agradesco su cariño como devo, pero tengo una ja- "queca que no me deja escribir. Tomo la pluma para decirle á vd. "que si trata con formalidad, me aga fabor de dispensar estos palo- "tes. Estoy muy amarilla, y no mas. Su servidora que ber decea.-- "*Julia del Cuenco.*" ¿Qué te parece la respuesta?

CARLOS.—Esa carta no dice nada....

PEDRO.--A mí no me admira porque ya estoy acostumbrado á las circulares del ministerio. Mira que ortografía.

CARLOS, *recorriendo la carta.*--¡Jesus, cuántos desatinos...! ¡Y tu Julia habla francés y canta en italiano...! (*Guarda la carta como por distraccion.*)

PEDRO.—¡Ya...! primero es aprender lo de estrangis que lo nuestro...!

CARLOS.--¡Bonita educacion!

PEDRO.—¿Qué quieres...? es la de moda, y la moda en México, es toda una reina absoluta. Y si no, que lo diga el *Universal*, que entiende de reyes y de reinas.

CARLOS.--Escribiré en contra un artículo....

PEDRO.--¿Contra el *Universal*, el periódico mas hondo, por no decir el mas profundo de los que manejan el chisme y la personalidad, con-

RBC
NcU

tra la ley de Dios y de los hombres...? ¡Pobre de tí...! en dos por tres te cubren de escamas y *laus deo*.

CARLOS.--¿Quién te habla del *Universal*...? Maldito lo que me importa ese papelon que no es mejor ni peor que los demas...! Representa un partido y lo defiende: muy bien; lo mismo hacen sus cofrades. Lo que quiero criticar es esa condenada moda que prefiere el oropel al oro; una educacion brillante y superficial, á una educacion sólida y de provecho.

PEDRO.--¡Bueno! escribe setenta artículos sobre eso, y nadie los leerá.

CARLOS.--¿Por qué?

PEDRO.--¡Que me lo pregunte un periodista...! Porque en México la prensa sirve de desahogo á las pasiones individuales, y no de órgano á la ilustracion. Ensarta cuatro mentiras garrafales contra algun alto funcionario, y entonces, entonces te aplaudirán hasta los chicos de la escuela.

CARLOS.--¡Prefiero cortarme la mano...!

PEDRO.—Ya veo que nunca harás fortuna con semejantes ideas. Y sin embargo, si amas á Isabel, preciso es que procures tener sobre que caerte muerto.

CARLOS.—Precisamente porque la amo quiero mostrarme siempre digno de ella....

PEDRO.—¡Bien! ámala como un Abelardo.... pero que no sea causa ese amor de que vayas en pelota al hoyo.... ¡Oh! si fueras como yo, empleado, ya aprenderias á tener paciencia.... Cuando el gobierno nos debe tres pagas, al cabo de tres meses nos dá....

CARLOS.—¿Qué?

PEDRO.--¡Una rebaja de medio sueldo...!

CARLOS.--¡Hombre! ¡Cielos, oigo ruido...!

PEDRO.--¿Si será...?

CARLOS.--¡Ay! ¡Dios mio!

PEDRO.--¡Caramba! no vayas ahora á desmayarte...! Qué demonio.... ánimo, que al fin y al cabo tu Isabel no es mas que una hija de Eva como las demas. Hela aquí.

ESCENA V.

DICHOS, ISABEL (*con una bata elegante, sale por la derecha.*)

ISABEL, *saludando.*--Caballeros...!

CARLOS Y PEDRO.--¡Señorita!

PEDRO.--Isabelita, tengo el gusto de presentar á vd. á mi mejor amigo, D. Cárlos Balbuena. [*aparte á Cárlos*] Vamos, habla tú....

ISABEL, *haciendo una cortesía.*--Ya conocia de vista al señor. He tenido tambien el gusto de admirar sus poesías, aunque hace algun tiempo que nos las escasea. [*Pedro se retira y se pone en acecho por la derecha.*] ¿Sepamos por qué?

CARLOS.--Porque dudaba que fuesen del agrado de vd.

ISABEL.--¡Ah! pues si no es mas que por eso, bien puede vd. continuar. Sin embargo, quisiera que fuese vd. menos pródigo en dedicatorias.... siempre son poesías "*A Ella*," "*A Laura*," "*A Emilia en el templo*;" y esto, á la verdad, me causa celos de cuando en cuando, porque todavia no he visto una en que aparezca mi nombre.

CARLOS.—Qué importa, si vd. es quien me las inspira todas...?

ISABEL.--¿De veras...?

CARLOS.--¿No se lo he dicho á vd. ya en mis cartas?

ISABEL.--Se miente con tanta facilidad en todas ellas.

CARLOS.--Sin duda por eso se niega vd. á mis súplicas.... Isabel, demasiado sabe vd. ya cuanto la amo; y sin embargo, se complace vd. en prolongar la incertidumbre en que vivo.... Pero ya es tiempo de que acabe mi agonía.... Amo á vd. y necesito ser amado; pero amado con alma, sin cálculo, sin reserva.... Las pocas veces que he tenido la dicha de ver á vd. en algun baile ó tertulia, siempre me ha parecido notar en vd. una frialdad, cuyo orígen ignoro.... tal parece que se avergüenza vd. de mi amor...! Yo no pertenezco á esa sociedad elegante y altiva en que vive vd., y por esto me figuro á veces que la humildad de mi condicion es un obstáculo á mi suprema felicidad.

ISABEL (*aparte*).--¡Pobre poeta...! qué cándido es! (*alto*) Venga vd. esta noche que tenemos baile, y quedará desengañado.... Unicamente le advierto á vd. que la reunion es de gran tono.... (*Ap.*) Si se presenta con ese trage tan ramplon, es seguro que no bailaré con él....

CARLOS.--¿Y cesarán mis temores esta noche?

ISABEL.--Tal vez....

CARLOS, *echándose á sus piés.*--¡Ah! Isabel! es vd. un ángel...! (*La toma una mano.*)

PEDRO, (*aparte*).--Sí, con alas de demonio!

(*D. Ambrosio se presenta por el foro y baja al proscenio.*)

ESCENA VI.

DICHOS, DON AMBROSIO.

AMBROSIO.--¡Buenos dias!

CARLOS, *levantándose*.--¡Ah!

ISABEL.--¡Caballero!

AMBROSIO.--No se incomoden vdes. por mí.... Soy en estremo corto de vista, y poco amante de lo pintoresco.... Vive aquí la Sra. Doña Clara de la Fuente?

PEDRO.--Aquí mismo, caballero: ¿qué mandaba vd.?

AMBROSIO.--¿Es vd. de la casa?

PEDRO.--No tengo esa dicha; pero he aquí á la Srita. Isabel que responderá por mí.

AMBROSIO.--¡Isabel...! vd. es la que ví tan pequeña, ahora quince años; la que hacia mil pininos á mi buen amigo D. Diego de la Fuente, que en paz descanse? Digo, pues ha crecido vd. bastante.... Ya se vé...! quince años no son grano de anís!

ISABEL.--¿Su gracia de vd., caballero?

AMBROSIO.—Ambrosio Guzman, á secas, para servir á vd.

ISABEL.—¡D. Ambrosio...! Voy volando á avisar á mamá que al fin ha llegado vd.

AMBROSIO.—¡Calle.... pues cualquiera diria que me esperaban vdes...!

ISABEL.—No ha pasado dia sin que mamá nos hable de vd.! "D. Ambrosio por aquí, D. Ambrosio por allá...! el mejor amigo de mi marido.... ¡Oh! si estuviera aquí, las cosas andarian de otra manera...." Así es, que ya me moria de impaciencia por conocer á vd....

AMBROSIO.—¡Hola! pues examine vd. á su gusto mi frontispicio..... Vamos á ver, ¿qué le parezco á vd.?

ISABEL.—A primera vista se conoce qué es vd. un buen sugeto.... todo un hombre de bien.

AMBROSIO.—Eso es á primera vista. ¿Y luego?

ISABEL.—Me figuro que ha de ser vd. algo regañon....

AMBROSIO.—¡Cabal...! Yo regaño todo el dia, sobre todo, cuando advierto que no se juega limpio conmigo; pero eso, no obstante, no paso de un pobre diablo. Qué quiere vd...? allá, sumido en las minas, sin tener con quien recordar las aventuras y ridiculeces del gran mundo, los dislates de la sociedad, las aberraciones de nuestros gobiernos relámpagos, que nacen, viven y mueren como una exhalacion; allá, digo, me he vuelto algo oso, algo montaraz y taciturno; pero eso no qui-

ta que me acometa la tentacion de reir cuando sorprendo á un prójimo en la postura del señor, á los piés de vd. (*á Cárlos.*) Sin duda pedia vd. perdon de algun agravio, ¿no es verdad?

CARLOS, (*aparte*).—Creo que se burla de mí.

ISABEL, (*aparte*).—Vamos, está visto, estos poetas no sirven mas que de lejos.... hélo ahí hecho un estafermo, sin saber dónde tiene la lengua...!

PEDRO, (*bajo á Cárlos*).—Habla, mostrenco...! Parece que no sabes mentir mas que con la pluma.

AMBROSIO, (*aparte á Isabel*).—No me disgusta el galan de vd...! Tiene cara de ser bueno para marido.

ISABEL.—¡Para marido...! ¡Dios me libre ..! ¡Ah! no le diga vd. á mamá....

AMBROSIO, (*bajo*).—Ya estoy.... callaré como un muerto.

ISABEL.—Voy, pues, á avisarla.... No sé si ya se habrá levantado.... Pronto vuelvo.... (*Se va por la derecha.*)

ESCENA VII.

CARLOS, AMBROSIO, PEDRO.

PEDRO, (*á Cárlos*).—Pues has quedado lucido.... ni siquiera se ha despedido de tí. Si quieres un buen consejo, vámonos de aquí..... Creo que tu Isabel no te ama, ó te ama muy poco.. .

CARLOS.—¡Quieres callar...!

AMBROSIO.—¿Qué hay? ¿qué hay....? se puede saber lo que ocurre entre vdes...?

PEDRO.—Hoy queria presentar á mi amigo á Doña Clara de la Fuente; pero ya voy creyendo que será en vano.... Vea vd., son cerca de las doce y todavia duerme como una bienaventurada....

AMBROSIO, (*á Cárlos*).—¡Hola...! ¿conque todavia no es vd. de la casa...? ¡Cáspita! pues es vd. emprendedor.... ¿Y qué tal, qué tal van los amores...? Viento en popa, ¿no es verdad...? ¡Oh! lo que es á mí puede vd. hablarme con franqueza; hace mas de diez y ocho años que conozco á la familia.... Vamos, desembuche vd.

CARLOS, (*aparte*).—¡Pues no es curioso el buen señor!

AMBROSIO.—Si quiere vd. pediré su mano, serviré á vd. de padrino. Doña Clara no se resistirá á mis súplicas. Acá, para entre nosotros, me muero por los casamientos.... sin duda porque nunca pude hacerlo yo mismo.

CARLOS.—En ese caso me encuentro yo. Isabelita pertenece á una de las principales familias, y yo....

AMBROSIO.—¿Y bien...?

CARLOS.—Y yo no cuento mas que con una posicion social demasiado humilde.

AMBROSIO.—¿Qué profesion es la de vd...?

PEDRO.—¡La de poeta!

AMBROSIO.—¡Poeta...! ¡válgame la Vírgen...! En México, el oficio de poeta, es el mas pícaro que puede adoptar un hombre de bien.... Sin duda no nada vd. en oro...!

PEDRO.—Ni siquiera en cobre, que es el metal mas prosaico...!

AMBROSIO.—¡Ah! pues entonces, ya no intercedo por vd... ¿Cómo diablos he de ofrecer á la novia un puchero de endecasílabos, y por postre una docena de consonantes...? No en mi dias....

PEDRO.—Y añada vd. que es periodista....

AMBROSIO.—¡Periodista...! Amiguito, hágame vd. el favor de marcharse....

CARLOS.—Es decir, que segun vd., la profesion es la que ennoblece al hombre...?

AMBROSIO.—No; pero hay profesiones que los hombres han envilecido.... una de ellas es la de escritor público. En sí la profesion es honrosa, no hay duda; ¿pero qué uso han hecho de ella entre nosotros nuestros mejores ingenios? el peor de todos.

CARLOS.—¿Pero no es una injusticia suponerlos á todos cortados por la misma tijera?

AMBROSIO.—Convengo; pero vea vd.... Entre nosotros, los agiotistas son unos verdaderos ladrones del erario; y sin embargo, todo el mundo los respeta. Con que no hablemos de injusticias. Injusticia es sin duda el que un mequetrefe barbi-lampiño, gracias á un puro compadrazgo, de buenas á primeras se presente con divisas de capitan, insultando así á tanto antiguo soldado que han peleado con gloria por la independencia, y á quien sin embargo, se deja morir de hambre; injusticia es tambien que una horda de pisaverdes ignorantes invada nuestra representacion nacional, merced al teje-maneje mas reprobado...! Con que, amigo mio, no hablemos de injusticias...! (*A Pedro.*) Decia vd., hace poco, que deseaba presentar á su amigo á Doña Clara...? Bien, yo me encargo de eso.... En cuanto á los amores, amiguito, me opongo á ellos formalmente.

CARLOS.—¿Con qué derecho?

AMBROSIO.—Ya lo sabrá vd. despues.

CARLOS.—Pero....

AMBROSIO.—Ya verá vd. como haciéndole la guerra, le sirvo mejor que nadie....

CARLOS, (*á Pedro*).—Qué te parece este hombre?

PEDRO, (*bajo*).—Me parece que no está acostumbrado á mamarse el dedo.

CLARA, (*por dentro*).—¡Dónde está! ¡Dónde está!

CARLOS.—¡Cielos.... Doña Clara!

ESCENA VIII.

AMBROSIO, CARLOS, PEDRO, DOÑA CLARA, ISABEL, *luego* FERNANDO Y LUIS.

CLARA, *saliendo*.—¡Sr. D. Ambrosio...! venga, venga un abrazo. (*Le tiende los brazos.*)

AMBROSIO, *abrazándola*.—Con mucho gusto! ¡Canario.... no vaya vd. á sofocarme...! (*aparte*) Como aprieta esta señora!

CLARA.—Sr. D. Pedro, buenos dias.... (*á Cárlos*) Caballero....

CARLOS, *saludando*.—Señora...!

AMBROSIO.—Tengo el gusto de presentar á vd. á D. Cárlos.... Cárlos.... qué?

PEDRO.—Cárlos Balbuena.

AMBROSIO.—Escelente poeta y distinguido periodista....

CLARA.—Bien venido, señor mio.... Cuando vd. guste, sin cumplimientos, sabe vd. que esta es su casa.... á propósito.... hoy embargo á vdes.... Es dia de su santo de Isabelita, y exijo que se queden á comer...,. Vd., D. Ambrosio, queda desde ahora instalado en la casa.... Allí tiene vd. su habitacion.... (*indica la de la izquierda.*) Seis meses hace que esperamos á vd.... (*bajo*) Tenemos mucho que hablar.... (*alto*) ¿No ha visto vd. á Fernando? ¡Oh! ahora es ya un hombre hecho y derecho.... todo un guapo mozo.

PEDRO.—¡Ya lo creo...! es uno de nuestros primeros leones....

AMBROSIO.—Leones...? qué es eso...?

PEDRO.—Así se llaman hoy los elegantes de primera clase...

AMBROSIO, (*aparte*).—Con razon les han puesto un nombre de animal..!

ISABEL.—Ha estado en Lóndres y Paris....

AMBROSIO.—¡Soberbia recomendacion...!

ISABEL.—Verá vd. qué finura, qué elegancia, qué modales, qué buen gusto para vestirse. Un hombre mal vestido es un diamante en bruto.... sin brillo, sin luz....

AMBROSIO, (*bajo á Cárlos*).—Esa piedra es para vd., amiguito....

CARLOS.—¿Para mí?

AMBROSIO, (*bajo*).—¡Toma....! á leguas se conoce. (*alto*) No cree vd., Isabelita, que el talento suple al trage muchas veces.

ISABEL.—Donde no haya luz, puede ser...!

AMBROSIO, (*aparte á Cárlos*).—Decididamente, amigo mio, aquí está vd. haciendo el tonto. ¿Dónde vive vd.? (*Cárlos le habla en voz baja aparte.*)

PEDRO, (*á Clara*).—Señora, me permite vd. que la pida un favor?

CLARA.—Y dos tambien, D. Pedro.

PEDRO.—Pues hágame vd. el de convidar á comer á la hermana de Cárlos.... Verá vd. qué joya, qué alhaja. Cárlos, la señora me ruega te manifieste su deseo de conocer á tu hermana, y espera vayas por ella ahora mismo, para que nos acompañe á tomar la sopa....

CARLOS.—Puede que se resista á venir.... es tan tímida, tan corta....

ISABEL.—Dígale vd. que deseo tenerla por amiga....

CARLOS.—Tanta bondad....

CLARA.—Vamos, vaya vd. y vuelva pronto....

FERNANDO, (*dentro, cantando*).—*¡O patria! di tanti palpiti.*

AMBROSIO.—¡Hola! quién hace tan lindos gorgoritos...?

ISABEL.—Es la voz de mi hermano....

FERNANDO, (*saliendo*).—¡Buenos dias!

LUIS.—Señoras, á los piés de vdes....

AMBROSIO, (*aparte*).—He ahí lo que llaman un leon... En mi concepto mas pertenece al género mono ó pavo, que al del rey de los cuadrúpedos....

FERNANDO, (*á Pedro*).—¡Perico! tú por casa.. .

PEDRO.—Ya lo ves...! Te presento á nuestro poeta D. Cárlos Balbuena.

FERNANDO, *echándole el lente.*—Caballero, á la órden de vd...! (*á Luis*) Calle...! este es el jóven que estaba asomado al balcon de aquella casa, donde vimos á la muchacha mas linda de México....

LUIS, (*bajo*).—En efecto...! ó se le parece mucho, ó es el mismo.

FERNANDO, (*á Cárlos*).—Tendré un positivo placer en cultivar la amistad de vd., Sr. D. Cárlos.

ISABEL.—Lo mismo que yo la de su hermana.

FERNANDO, (*aparte*).--¡Su hermana...!

AMBROSIO.--¡Eh, amiguito! qué hace vd. que no va por ella.... vamos, despache vd....

LUIS, (*bajo á Fernando*).--¿Quién es este hombre?

FERNANDO, (*bajo*).--Qué sé yo...!

CLARA.--Y dígala vd. de mi parte que no admito escusa.... Comeremos á las tres.

UN CRIADO, (*á Fernando*).--Ya está puesto el coche. [*se va.*]

FERNANDO.--¡Bravo! Si el Sr. D. Cárlos me lo permite, tendré el gusto de acompañarle. (*á Luis.*) Así saldremos de dudas.... puede que su hermana sea nuestra bella desconocida....

PEDRO.--Si tienes que hacer, Cárlos, iré yo mismo á convidar á Luisa....

AMBROSIO.--¡Luisa! ¿su hermana de vd. se llama Luisa...?

CARLOS.--Sí, señor.

FERNANDO.--¡Bonito nombre!

AMBROSIO.--¡Dios mio! por qué me late con tanta violencia el corazon...!

FERNANDO.--Vamos, vamos, en el coche cabemos todos....

AMBROSIO.--Sí, sí.... eso es...!

CARLOS.--Vamos. (*aparte*) ¡Ah! un no sé qué me dice que ya debo renunciar á todos mis ensueños de felicidad....

[*Se va con Fernando, Pedro y Luis por el foro.*]

ESCENA IX.

ISABEL, AMBROSIO, CLARA.

CLARA.--Y bien, ¿qué le parece á vd. mi Fernando?

AMBROSIO.--Ya sabe vd., señora, que no se me deben hacer preguntas, cuando puede desagradar la verdad....

CLARA.--Inútil era la advertencia.... Isabel, tengo que hablar con D. Ambrosio.... [*Ruido de carruaje.*]

ISABEL.--Entiendo.... (*se va por la derecha.*)

CLARA.--Sentémonos.

AMBROSIO, *acercando sillas.*--Sí; ya lo necesito.

CLARA.--Hablemos de los negocios de vd....

AMBROSIO.--No, no.... los mios de nada adolecen.... Pero me temo que mi pobre amigo Diego, no haya sabido dejar los suyos en órden.

Clara.--¡Ha puesto vd. el dedo en la llaga...!

Ambrosio.--Esplíquese vd....

Clara.--Desde la muerte de mi marido, el inmenso caudal que nos dejó ha disminuido considerablemente.... No nos queda mas que la hacienda de San Lúcas.

Ambrosio.—Se equivoca vd., señora.... la tal hacienda está ya vendida....

Clara.--¡Vendida...!

Ambrosio.--Y esta casa pronto lo estará tambien.

Clara.--¿Qué está vd. diciendo...?

Ambrosio.--Lo que sin duda ha ocultado á vd. su Fernando, ese jóven leon que ha visto Paris, que ha estado en Lóndres y en Madrid, donde sin duda ha tomado lecciones de dilapidacion.... Ahora recuerdo, señora Doña Clara, que una vez en presencia de su marido de vd., fuí bastante franco para reprochar á vd. las ideas de lujo y de gran tono que la dominaban.... Ya veo que mi prediccion se va realizando.

Clara.--La sociedad y el qué dirán me mandaban sostener la casa bajo el mismo pié en que la habia puesto mi marido.

Ambrosio.--La sociedad, señora mía, nos manda á todos trabajar para vivir.... Solo en tiempo de Moisés llovió maná del cielo.... Su Fernando de vd., ocupado siempre de sí mismo y del efecto que produce, gracias á la funesta educacion que ha recibido, ha creido que su patrimonio no tendrá fin; pero ese fin se acerca ya, y me temo que sea espantoso.... El leon se verá sin uñas, perderá sus fuerzas y morirá....

Clara.--Morirá...?

Ambrosio —Sí, señora, morirá de hambre...!

Clara.--De hambre...!

Ambrosio.--Y vd. en la indigencia.... Un mes hace que estoy en México, y todo ese tiempo lo he empleado en tomar buenos informes.... Ya cuento con los suficientes para hablar con conocimiento de causa.... Su hijo de vd., señora, no sabe nada, es un verdadero cero social.... chapurrea horriblemente el francés y el inglés, y no conoce su idioma nativo.... De todo punto inútil para el trabajo, solo ha aprendido á contraer deudas, á vestirse por figurin, á llevar en la mano el cetro de la moda, que pronto se convertirá en corona de espinas.... Mi pobre amigo Diego era todo un hombre de bien, que á fuerza de trabajo y de constancia supo hacer fortuna.... Pero como otros muchos padres de familia, tuvo la necedad de creerse inmortal.... Educó á sus hijos de una manera brillante, pero sin solidez; hizo de Fernando un mico cu-

bierto de oropel, en vez de hacer un buen ciudadano, útil á su patria y la sociedad en que vive....

CLARA.--¿Pero es tan inminente nuestra ruina que no tenga remedio...?

AMBROSIO.--Creo que no lo tiene....

CLARA.--¿Y nada puede vd. hacer por nosotros...?

AMBROSIO.--Aun cuando pudiera no lo haria....

CLARA--¿Por qué?

AMBROSIO.--Ese es mi secreto.

CLARA, (*aparte*).--Sospecho que no tiene sobre qué caerse muerto...

AMBROSIO, (*aparte*).--Esta familia necesita una leccion... yo se la daré cumplida! (*Ruido de carruaje.*) Ah! creo que ya están de vuelta. (*Se levantan.*) Mejor! vamos á pasar un dia bastante divertido!

CLARA.--Ya verá vd. el baile de esta noche.... concurrirán las principales familias.... su excelencia el señor ministro de.... (*al oido*) acudirá tambien.... Me ha prometido el despacho de capitan para Fernando....

AMBROSIO.--Y él tendrá valor para admitirlo...! ¡Pobre patria...! Con semejantes defensores, no será estraño te entonemos un dia de estos un solemne *de profundis*.

CLARA.--Pues no ha faltado quien compre una banda de general....

AMBROSIO.--Las faltas agenas, señora, no escusan las nuestras.... Esos generales no son mas que ceros.

ESCENA X.

DICHOS, FERNANDO, PEDRO, ISABEL, LUIS, LUISA, CARLOS.

ISABEL, *saliendo por la derecha*.--Creo que ya están de vuelta....

FERNANDO, *dando la mano á Luisa*.--Vamos, Luisita, deponga vd. toda cortedad.... Está vd. aquí en su casa.... Isabel, te presento una nueva amiga....

ISABEL, *abriéndola los brazos*.--La querré como á una hermana....

CLARA.--Eso es, eso es...! ¿y qué.... á mí no se me dá un abrazo...?

LUISA, *arrojándose en sus brazos*.--Señora....

PEDRO.--¡Quién fuera hembra en este instante!...!

AMBROSIO, *con emocion*.--Daria un dedo por una de esas caricias.

LUISA, *acercándosele*.--Seria demasiado cara..! Prefiero darla gratis...

AMBROSIO.--¡Ah...! (*La abraza.*) ¿No le parece á vd., Doña Clara, que no me vendria mal una hija así...?

CLARA.—¡Por supuesto ..!

FERNANDO.—Entonces tendria la honra de pedir á vd. su mano.

AMBROSIO, *con sequedad.*—Y yo tendria el sentimiento de negársela á vd...!

FERNANDO.—¡Caballero...!

AMBROSIO.—¡Caballerito ..!

FERNANDO.—Me parece un poco intempestiva la respuesta de vd...! Se puede saber á quién tengo el honor de hablar...?

AMBROSIO.—A un hombre que no tiene nada de leon.... Me llamo Ambrosio Guzman.

FERNANDO.—D. Ambrosio...! (*aparte*) A qué diablos habrá venido aquí...?

CLARA, (*aparte*).—Cielos...! se turba...! si será cierto lo que me ha dicho D. Ambrosio....

AMBROSIO, (*á Cárlos*).—Vamos, señor poeta, despegue vd. esa lengua.... [*á Isabel*] Ruéguele vd. que disponga un brindis para los postres....

FERNANDO.—Entre tanto, para abrir el apetito, daremos una vuelta por el jardin.

PEDRO.—Aprobado.

ISABEL, (*á Clara*).—Vea vd., mamá.... con ese vestido de indiana no hará muy buen papel esta noche.... estoy por prestarla uno de los mios.

CLARA.—Bien pensado...!

CARLOS, (*aparte*).—Ni una mirada para mí...! ¡Ah!

LUIS.—¡Al jardin! al jardin!

AMBROSIO.—Sí, sí, vayan vdes.... (*bajo á Cárlos.*) Quédese vd.... tenemos que hablar.

ISABEL, (*á Luisa*).—Pasemos á mi gabinete.... Se conoce, Luisita, que se ha peinado vd. muy de carrera.... Vamos, quiero que estrene vd. el aderezo que hoy me ha regalado Fernando.

LUISA, (*aparte*).—No sé por qué no estoy á gusto aquí.... (*se van por la derecha.*)

FERNANDO, (*aparte á Luis*).—Declaro que es divina!

LUIS, (*id.*).—No pierdas tiempo.... al asalto....

PEDRO.—¡Canario...! ¡qué hambre tengo...!

AMBROSIO.—Al jardin, señores, al jardin....

CLARA.—Sí, sí.... Fernando, dame el brazo.... (*aparte*) Aclaremos el misterio.

(*Se van por el foro, izquierda.*)

ESCENA XI.

AMBROSIO, CARLOS, *luego* PEDRO.

AMBROSIO.--He dicho á vd. que tenia que hablarle. .. pero no tenga vd. miedo, que no le haré perder un tiempo que piensa vd. gastar en contemplar á su Isabel....

CARLOS.--¡Ah! Isabel no me ama!

AMBROSIO.--Mejor....! pero vamos al grano.... Unicamente quiero hacer á vd. una pregunta, una sola.... de la respuesta de vd. depende mi felicidad, porque en mi existencia no hay mas que dos sentimientos: un recuerdo doloroso de una falta, y una esperanza consoladora que alimento en medio de mil amargos desengaños...! ¿Luisa es hermana de vd...?

CARLOS.--Estraña pregunta....

AMBROSIO.--¿Es hermana de vd.?

CARLOS, *turbado*.--Creo haberle dicho á vd. que sí....

AMBROSIO, *con sequedad*.--Ya puede vd. retirarse.

CARLOS, (*aparte*).--Vaya un hombre estrafalario...!

PEDRO, (*por el foro*).--¡Eh! qué es eso de quedarse atrás.... Escucha, Cárlos.... inventa una cuarteta ó cosa que lo valga, para echar un brindis.... Necesito un brindis y cuento contigo.... Vamos, que nos esperan en el jardin. (*Se van por el foro.*)

AMBROSIO, (*solo*).--¡Otra esperanza desvanecida...! No importa.... porque no puede ser la última...! (*Váse por el foro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA I.

AMBROSIO, LUISA, CARLOS, [*sentados á la izquierda tomando café.*]
FERNANDO, PEDRO, LUIS, [*á la derecha tomando tambien café.*]

(*Un criado saca licores y sirve.*)

FERNANDO.--Vaya una copa de marrasquino...! (*levantándose, á Luisa*) Vamos, Luisita, un poco de licor para alegrar el ánimo.... Vd., Sr. D. Ambrosio....

AMBROSIO.--Gracias! no lo acostumbro.... Es verdad que he comido como un bárbaro; pero este estómago no necesita escitantes para hacer bien la digestion....

FERNANDO.--Supongo que nos acompañará vd. al paseo...? Estrenaremos la carretela nueva.

AMBROSIO.--No, no, no.... Para pasear tengo un par de piernas que valen un imperio; y como yo hago ejercicio por mi cuenta y no por la de los caballos, prefiero caminar á pié, aunque sea de mal tono....

PEDRO.--Con todo, un hombre rico como vd....

AMBROSIO.--Yo rico...! ¿quién se lo ha dicho á vd.?

PEDRO.--Toma...! eso se conoce á leguas...!

AMBROSIO.--¡Hola...! Pues mire vd. á su amigo D. Fernando.... cualquiera creerá que nada en oro; y sin embargo, dos veces ha venido hoy el sastre á cobrar una cuenta del año pasado.

LUIS.--¡Quién hace caso de esas frioleras...!

AMBROSIO.--Friolera llama vd. no pagar á un artesano lo que se le debe...? Pues no pensamos de la misma manera....

LUIS, *con ironía*.--Ya se vé.... hay tan pocos que piensen como vd.!

LUISA.--Lo cual es tal vez una desgracia para la humanidad....

FERNANDO.—¡Hola...! tambien vd. está por la oposicion?

LUISA.--Siempre me he opuesto á lo que no es justo....

AMBROSIO.—Diga vd. á lo ridículo!

FERNANDO.--¡Ya! mejor es vivir á lo oso....

AMBROSIO.--Prefiero los osos á los muñecos.

CARLOS.--No vayan vdes. á reñir por quítame allá esas pajas....

FERNANDO, *con ironía*.--¡Yo reñir con D. Ambrosio...! con un hombre tan formal y tan rígido en sus costumbres, que abandona á su familia por no abandonar su género de vida...!

AMBROSIO, *sacando un papel*.--Agradezco á vd. el recuerdo.... y como siempre me he negado á prestar dinero á personas que no acostumbran pagarlo, hago pedazos el vale de quinientos pesos que me pidió vd. hace poco....

LUIS, (*levantándose, bajo*).--Buena la has hecho...! y yo que contaba con ese dinero....

FERNANDO, (*id.*).--No tengas cuidado...! con cuatro albures á la doble, salimos de apuros.

AMBROSIO.--Señores, hasta luego.... tengo que arreglar ciertas cuentas que tienen algo que ver con D. Fernando.... Deseo que no se rompa la carretela.... (*á Luisa.*) Mejor fuera que él se rompiera el bautismo.. . (*Se va por la izquierda.*)

ESCENA II.

DICHOS, *menos* DON AMBROSIO.

FERNANDO.--Já! já! já! se va hecho un jabalí.... ¡Pobre hombre ..! ha creido darme un golpe mortal, negándome la friolera que tuve la torpeza de pedirle.... ¡Pardiez que es original el buen señor!

CARLOS.--No tanto como vd. se lo figura....

FERNANDO.--Algo daria por saber á qué ha venido aquí ese mostrenco.... (*bajo, aparte á Luis.*) Mira, procura llevarte á Cárlos: tengo que hablar con su hermana....

LUIS, (*bajo*).--Eso es...! enamórala ahora que no tienes ni una peseta...! (*alto*) D. Carlitos, acompáñeme vd.... voy á surtirme de guantes... de paso tomaremos un helado en el *Bazar*.

CARLOS.—Con mucho gusto.... ¿Vienes, Perico?

PEDRO.--¡Vamos! en tratándose de tomar algo, aquí estoy yo.... (*Se van por el foro.*)

ESCENA III.

FERNANDO, LUISA.

FERNANDO.--Luisita, está vd. encantadora con ese aderezo ... Supongo que esta noche bailaremos hasta reventar....

LUISA.--Bueno fuera que supiera yo bailar.

FERNANDO.--¿Cómo? No sabe vd. la Polka ni la Mazurka...? No hay cosa mas fácil, ya lo verá vd.... Déme vd. la mano.... Vd. empieza con el pié izquierdo, yo con el derecho.... así.... (*como si fueran á bailar la polka.*) Huy...! que manecita tan preciosa.... No! yo no resisto á la tentacion.... (*se la besa.*)

LUISA, *retirándola.*--¡Caballero...! semejante libertad....

FERNANDO.--Es la de un hombre que se consume de amor por vd.... por vd., hermosa perla escondida en el fango de la clase media.... Ah! no...! vd. ha nacido para brillar y reinar...! Con ese palmito de ángel y ese talle que envidiaria la misma Venus, quién no rinde á vd. vasallaje y admiracion!

LUISA.--Por favor, no me adule vd...!

FERNANDO.--Soy incapaz de semejante cosa...! No ha reparado vd. en mis frecuentes vueltas por la calle en que vive vd., ya en carretela, ya á caballo...? Me era imposible pasar un solo dia sin tener la dicha de ver á vd., aun al traves de las cortinas que mas de una vez maldije, porque me ocultaban la luz de esos divinos ojos. Vamos, Luisita, háblemе vd. con franqueza.... ¿Nada le dice á vd. en mi favor ese corazoncito?

LUISA.--¡Nada!

FERNANDO.--¿Ni cree vd. que llegará algun dia á latir por mí?

Luisa.--Eso lo juzgo muy difícil....

Fernando.—¿Por qué...?

Luisa.--Porque hemos nacido muy distantes el uno del otro. .. Vd., acostumbrado á esa vida brillante, disipada, que jamas conoció el fastidio, sin mas ley que su voluntad ó su capricho, veria en la ternura que me pide, un puro pasatiempo, un medio de recreo tanto mas seductor, cuanto mayor fuera la dificultad en obtenerlo; y, por mi parte, lo confieso, no quiero divertir á nadie.

Fernando.--Estraño me parece ese lenguaje, cuando todavia no hace veinticuatro horas que nos conocemos.

Luisa.--Pero D. Ambrosio conoce á vd.

Ffrnando.—¡Maldito sea...! Siempre se ha de mezclar ese hombre en asuntos que no le importan! Pero si yo diera á vd., Luisita, mi palabra de caballero, de adorarla como adoran los ángeles á Dios, me negaria vd. una palabra de esperanza?

Luisa.—Como esa adoracion no seria de este mundo, poco me halagaría dar materia para un capítulo de novela.... Dejemos esta conversacion, porque no podemos entendernos. Vea vd.... con este trage y estas ricas joyas no sé por qué mas bien parezco una cotorra con plumas de pavo real, que una muger vulgar sin congojas en lo presente, ni aspiraciones para lo venidero.... (*Se quita el aderezo y lo pone sobre la cómoda de caoba.*) Así estoy mejor! Risa me dá ver brillar estas sortijas en mis dedos.... (*Se las quita y las deja sobre la cómoda.*) acostumbrados á la aguja y el dedal....

Fernando.--¡Jesus! qué prosa...!

Luisa.--¡Qué quiere vd...! para mí la vida no es nada poética.

Fernando.--De vd. depende que sea un Eden.

Luisa.--¿Y quién me llevará á ese paraiso...?

Fernando.--Yo, si vd. me lo permite!

Luisa, *con ironía*.--¿Iremos en carretela, no es verdad...?

Fernando.--O en las álas del amor....

Luisa.--¿Y si nos sucede lo que á Icaro...?

Fernando.--No conozco á ese prójimo....

Luisa.--Ese prójimo, como vd. le llama, quiso con álas postizas remontarse hasta el cielo; pero sucedió, que con el calor del sol, se derritieron las álas, y el pobre incauto cayó en tierra, víctima de su temeridad. Aplicado el cuento, confieso que no estoy por los porrazos...!

Fernando, (*aparte*).--Creo que estoy perdiendo el tiempo con esta muger....

LUISA.--Já! já! já...! no sé por qué en este momento me figuro á vd. como á la zorra de la fábula, diciendo para sí: están verdes!

FERNANDO.—¡Luisita!

LUISA.-- No hay que formalizarse.... Deje vd. de ser lo que es... ¿y quién sabe...? tal vez dejaré de ser lo que soy.

FERNANDO.—Disponga vd. de mi vida.

LUISA.--Por ahora no la necesito.... hasta luego.... (*se va por la derecha.*)

ESCENA IV.

FERNANDO, (*solo.*)

Qué diablos habrá dicho D. Ambrosio contra mí...? Mi madre me pide esplicaciones que no puedo darle, y Luisa me desprecia.... Ah! si la suerte no me favorece hoy, qué sé yo lo que será de mí mañana....

ESCENA V.

FERNANDO, LUIS, *luego* ISABEL *por la izquierda.*

LUIS, (*foro*).--Reniego del maldito mercachifle...! pues no ha tenido valor ese zopenco de negarme una docena de guantes blancos...! A mí, que tengo con que mandarle ahorcar...!

FERNANDO.—¿Por qué no se los pediste en mi nombre?

LUIS.--¡Valiente recurso...! en materia de crédito, vales tal vez menos que yo.... Y bien...? has encontrado medio de salir del apuro en que nos encontramos...?

FERNANDO.—No...! Ah! (*Toma de la cómoda el aderezo y las sortijas que dejó Luisa.*) Ven conmigo.

LUIS.--¿Qué llevás ahí...?

FERNANDO.—Dinero....

LUIS.--Diablo...! no me despego de tí...! (*Se van por el foro.*)

ESCENA VI.

AMBROSIO, (*asomándose por la puerta lateral izquierda.*)

¡Loado sea Dios...! se ha marchado ese D. Fernando que ya me indigesta con su maldita fatuidad...! Pero es posible que el deseo de figurar ciegue á un hombre hasta el punto de ver con indiferencia la ruina de

su familia...? Ah! creo que será una accion meritoria á los ojos de Dios y de los hombres, impedir á toda costa que cunda el mal hasta el estremo de hacerse irreparable. Y Luisa! pobre jóven! Cada vez que la contemplo tan noble en medio de su humildad, no sé por qué se me oprime involuntariamente el corazon.... Esta casa no es á propósito para ella.... aquí no puede menos que tomar malos ejemplos de una familia que encuentra su elemento en el desórden de nuestra sociedad....

ESCENA VII.

AMBROSIO, PEDRO, CARLOS, (*foro.*)

PEDRO.—Pues tiene gracia la ocurrencia...! convidarnos á tomar un sorbete, y dejarnos allí plantados esperando su regreso... al fin, fué preciso pagar.... y como no teniamos con qué.... fué necesario dejar en prenda mi pañuelo de seda, limpio por fortuna.

AMBROSIO.--¿Quién ha jugado á vdes. esa mala pasada?

PEDRO.—Ese D. Luis, el elegante mas perdulario que come pan á manteles.

AMBROSIO.—Sr. D. Cárlos, si permite vd. que le dé un buen consejo, deje vd. la amistad de D. Fernando y su pandilla ... Creo que han de serle á vd. funestas esas relaciones.

CARLOS.--Pero ya sabe vd. que Isabel....

AMBROSIO.—Isabel, amigo mio, no ama á vd. ni le amará nunca....

CARLOS.—¿Por qué...? Tengo cartas en mi poder que casi prueban lo contrario.... Todavia esta mañana se quejaba de mí porque no la he dedicado algunas composiciones.

AMBROSIO.—Todo eso no es mas que vanidad...! ¿tiene vd. otro trage mas decente que ese para el baile de esta noche...?

CARLOS.--¡No!

AMBROSIO.--Pues entonces, apuesto una oreja á que Isabel no baila con vd....

CARLOS, (*aparte.*)—¡Cielos!

PEDRO, (*aparte.*)—Se conoce que no es lerdo este buen señor.

AMBROSIO.--En cuanto á su hermana de vd. bueno seria que se retirase esta tarde.... tal vez la esperan aquí algunas humillaciones que pueden evitarse....

CARLOS.—¿Quién se atreverá á humillarla, estando yo presente...?

AMBROSIO.--¿Quién? toda esa reunion altiva é insolente que juzga y

decide por puras esterioridades.... Verán que el trage que lleva puesto no es suyo, que los adornos son prestados; y ofendidos de que una jóven de su clase intente salir del círculo que le ha impuesto la sociedad, la zaherirán de mil maneras, y tal vez no faltará quien llegue á poner en duda su virtud... todos esos elegantes verán en ella una conquista fácil, y ¿quién asegura á vd. que no llegue á creér en sus fementidas protestas de respeto, de inmensa ternura, á ceder un momento á la tentacion de conocer ese mundo fantástico y brillante en que la ofrecerán un trono y una diadema?

CARLOS.—¡Por Dios...! calle vd.!

PEDRO.—Nada! desembuche vd. otra docena de verdades de ese calibre... A ver si conseguimos desasnarle un poco.... Por mi parte, declaro que estoy reñido con ésa que llaman alta sociedad.... Vea vd.... medio siglo hace que suspira por su Isabel, y ella burlándose de él que es un gusto.... Ha querido inscribir en el catálogo de sus adoradores el nombre de un poeta; y á fé, que lo ha conseguido; pero tan solo para probarle que si los poetas viven en el cielo, ella no quiere reinar mas que en la tierra, y así son todas las de su especie. Por eso he adoptado el sistema de burlarme de cuantas hijas de Eva den conmigo de manos á boca.

AMBROSIO.—Bien hecho.... así quedará vd. con ellas á mano. ¿Cuántas veces se han burlado de vd.?

PEDRO.—Cada vez que no he podido satisfacer su vanidad ó su orgullo.

AMBROSIO.—Pues mucho me admira que conociendo el mal y siendo amigo del señor, no haya vd. procurado desviarle de la senda por la que cree llegar á la felicidad.

PEDRO.—Qué quiere vd...! nosotros los empleados, con empleo y sin paga, no servimos para moralistas, porque el mismo gobierno nos desmoraliza con su conducta. He hecho todo lo que he podido, pero he quedado como el mús, peor que antes.

AMBROSIO.—Así queda siempre la república en sus cambios de sistemas.

PEDRO.—Es una verdad; pero esa buena señora, erre que erre con su mamá. Tanto cambia de trage, que al fin se quedará en pelota...!

AMBROSIO.—Bien puede suceder; pero por lo mismo juzgo prudente procurar que á D. Cárlos no le suceda otro tanto.

CARLOS.—Mucho se inquieta vd. por mí, Sr. D. Ambrosio.

AMBROSIO.—Confieso que mas me inquieto por su hermana de vd.

Pedro.—¿Por Luisa?

Ambrosio.—Por esa jóven que se encuentra aquí como una rosa entre abrojos y cardos: Pero, si no me engaño, hácia aquí viene con Isabel y Doña Clara.... (*Sube la escena con Pedro.*)

Carlos, (*aparte*).--Que no bailará conmigo si no cambio de trage.... ah!

ESCENA VIII.

DICHOS, CLARA, ISABEL, LUISA.

Clara, (*á Luisa*).--No señor, no lo permito.... Nos acompañará vd. al paseo.... y como Dios manda.... Vamos, dónde están los pendientes y el collar.. .

Luisa.--Señora...!

Isabel.--Vamos, cuando mamá se empeña no hay mas que ceder.... ponte el aderezo, los guantes, y al paseo....

Luisa.--Vamos, pues. (*Va á la cómoda á buscar las prendas que dejó sobre ella y no las encuentra.*) Aquí puse las sortijas y el collar.... ya no están....

Clara.--¿Cómo que no están...? á ver, á ver...! pues solas no pueden haberse perdido....

Luisa.--¡Dios mio...! no están....

Clara, *tocando la campanilla*.--Juana, Tomás, Tomás...! (*llamando.*)

Un criado, (*saliendo*).--Señora.

Clara.--¿Quién ha entrado aquí...?

Juana, (*que sale entonces*).--Por la antesala no he visto salir mas que á los señores, (*Señala á Pedro y Cárlos.*) á D. Fernando y D. Luis.

Clara.--Pues se han perdido mis alhajas...!

Juana, (*yéndose*).--Preguntaré si alguien ha etnrado. (*Se va.*)

Criado.--Y yo voy á ver si.... (*Se va.*)

Isabel --¡Alma mia de mi collar...! [*á Luisa.*] pero estás muy segura de haberlo dejado allí...?

Luisa.--Lo hice en presencia de D. Fernando.

Ambrosio, (*aparte*).--¡Me ocurre una idea atroz...!

Clara.--Lo que es de los criados, respondo como de mí misma...

Luisa.--Pues entonces no sé qué pensar ni qué decir; pero lo que mas me inquieta es lo que pensarán vdes. de mí....

Ambrosio.--Tranquilícese vd., hija mia; ninguna sospecha injuriosa puede recaer sobre vd., porque yo seria el primero en combatirla con

indignacion.... Si esas joyas se han perdido, estoy pronto á satisfacer su valor....

CARLOS.--Vd., señor...!

AMBROSIO--Sí, yo.... (*bajo*) Vea vd., ya empiezan á realizarse mis temores.... Siga vd. mi consejo, y no vuelva vd. á poner los piés en esta casa.... aquí no está vd. en su lugar.

CARLOS, (*aparte*).--Maldita sea mi estrella...!

PEDRO, (*aparte*).--En estos casos los pobres tienen la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza.

ESCENA IX.

DICHOS, FERNANDO Y LUIS.

FERNANDO, (*á Luis*).—¿No te dije que con cinco contrajudíos éramos felices...? ¡Ah! buenas tardes.... ¿No vamos al paseo?

CLARA.--Qué paseo ni qué niño muerto.... se han perdido mis alhajas.....

ISABEL.--Mi collar y mis pendientes....

FERNANDO, (*aparte*).—Ya pareció aquello....

LUISA.--Vd. mismo vió que las puse sobre aquella cómoda....

FERNANDO.--No, no recuerdo....

LUIS, (*aparte*).--Ah! ya caigo...!

LUISA.--En malá ocasion le falta á vd. la memoria.

LUIS, (*á Clara*).--No sé por qué me figuro que el poeta....

CLARA, (*aparte*).--¡Calle! pues bien puede ser.... (*á Isabel.*) Sabes, que no tengo muy buena idea de D. Carlitos...?

FERNANDO.--Vamos, no hay que apurarse por esa friolera.... Tal vez esas alhajas habrán sido del gusto de alguno de mis amigos, y las ha tomado: ¡bien hecho...! cuanto yo tengo es de ellos...! (*á Cárlos.*) Se lo digo á vd. para su gobierno....

PEDRO.--Y fines consiguientes....

FERNANDO.--¡Eso es!

LUIS, (*á Cárlos con intencion*).—Sacar á un amigo de un apuro, siempre es noble y generoso; pero ¡qué diablos...! ¿no podia vd. venir á casa y decirme: necesito veinte onzas, démelas vd...? Así hubiera vd. evitado un mal rato á su hermana....

LUISA, (*vivamente*).—Luego vd. supone que....

LUIS.—No; pero....

CARLOS, (*con energía*).—Pero qué...?

LUIS, (*algo turbado*).—Nada, nada.... Como me dijo vd. que necesitaba unos cuarenta duros para comprar un frac para el baile de esta noche, comprendí al momento que estaba vd. escaso de numerario; y qué diablos...! con cualquiera prenda se consigue esa pequeña cantidad.... Por consiguiente....

CARLOS, (*con cólera*).--¡Por consiguiente es vd. un miserable; pero nos veremos las caras...!

LUIS.—¡Hola! me desafia vd...! Mejor!

CARLOS, (*tomando á Luisa de la mano*).--Vámonos de aquí.... Conozco que no podria contenerme....

LUIS, (*con ironía*).—Advierta vd. que ese trage es de Isabelita....

CARLOS, (*reprimiéndose*).--¡Ah...!

AMBROSIO, *interponiéndose*).—Yo respondo por todo.... Puede vd. marcharse; pero ya ve vd. que tenia razon hace poco.

LUISA, (*llorando*).—¡Dios mio! ¡Dios mio...! solo estas afrentas me faltaban.

FERNANDO.--No hay que afligirse, Luisita.... No haga vd. caso de ese parlanchin....

ESCENA X.

DICHOS, UN MINISTRO EJECUTOR Y UN AGENTE DE POLICIA.

MINISTRO.--Buenas tardes. ¿El Sr. D. Cárlos Balbuena...?

CARLOS.--Yo soy.... ¿qué mandaba vd.?

MINISTRO.--Dése vd. preso...?

TODOS.--¿Preso?

CLARA, (*aparte*).--¿Si habrá robado algo en otra parte...?

CARLOS.--¿Pero en virtud de qué es esa prision?

MINISTRO.--En virtud de esta órden. (*Saca un papel.*) Ha firmado vd. la responsiva del núm. 42 del periódico titulado: *La Ley*, y uno de sus artículos ha sido declarado difamatorio.

CARLOS.--Pero, ¿cómo se ha denunciado un número que no se publica sino pasado mañana?

MINISTRO.—Eso es cuenta del ministerio....

AMBROSIO, (*interrumpiéndole*).—Pero para que la difamacion exista, es preciso que se efectúe la publicidad.... y no comprendo.

MINISTRO.--Ni yo. El señor juez sabe lo que hace.... (*á Cárlos*) Tenga vd. la bondad de seguirme....

LUISA.--Hermano mio...!

CARLOS, (*abrazándola*).—¡Luisa...! Sr. D. Ambrosio, á vd. se la recomiendo. Adios! (*Se va con el ministro y el agente.*)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, *menos* CARLOS.

FERNANDO.--Me he quedado como quien ve visiones....

PEDRO.--Carambola! voy á ver á dónde le llevan.. ! (*Se va corriendo por el foro.*)

AMBROSIO.--Sí, vaya vd.... Señora Doña Clara, ya he dicho á vd. que yo pagaria el valor de las alhajas robadas.... Diga vd. lo que valen, y cumpliré mi palabra....

ISABEL.--¡Estraña generosidad...!

AMBROSIO.--Tan dificil juzga vd. que parezca el ladron...? Ya veremos...! tengo una idea que no me parece del todo mala....

FERNANDO.--A ver, á ver.

AMBROSIO.--Calma! calma...! ¿No van vdes. al paseo...? Ya es tarde.... Yo acompañaré á Luisa á su casa.

ISABEL.--¡Eso es! eso es! ¿Vamos, mamá...?

CLARA.--No, no.... yo no puedo. Tengo que disponerlo todo para esta noche.

ISABEL.--Pronto volveremos.

FERNANDO.--Vamos! (*Se van por el foro.*)

CLARA.--Y yo á ver si.... (*Se va por la derecha.*)

ESCENA XII.

AMBROSIO, LUISA.

LUISA.--¡Cuántas humillaciones, Dios mio...! ¿para qué vendria yo á esta casa...?

AMBROSIO.--No vuelva vd. á poner los piés en ella.

LUISA.--¡Nunca! El mismo D. Fernando me vió dejar las alhajas sobre aquella cómoda, y ahora dice que no lo recuerda....

AMBROSIO, (*aparte, se pone á escribir*).—Me afirmo mas en mi idea. (*alto*) Ya he dicho á vd. que no se inquiete por la pérdida de esas joyas, porque ninguna sospecha injuriosa puede recaer sobre vd.

LUISA.--Pero pesa ya sobre Cárlos....

AMBROSIO.—Pronto quedará desvanecida.

LUISA.—¿Y su arresto?

AMBROSIO.—Esa es harina de otro costal.... pero qué quiere vd...? El escandaloso desenfreno de la prensa, hace á veces disculpables los absurdos de la ley á que tiene que sujetarse; pero no tenga vd. cuidado, que esa misma ley vale un confite cuando se desea eludir sus efectos. Y si no, que lo digan ciertos periódicos. *(Toca la campanilla: sale un criado y le habla al oido dándole dos esquelas. Se va el criado.)* Por ahora, lo que importa es que se aleje vd. de esta casa.... Mañana tendré el gusto de hacer á vd. una visita....

LUISA.—¡Ah! creo que nunca podré pagar cumplidamente tantas bondades...!

AMBROSIO.—Soy hombre que me conformo con la gratitud.

LUISA.—¡La mia será eterna!

AMBROSIO.—Bien, bien; por ahora vaya á despojarse de ese trage.

LUISA.—¡Ah! no, yo no puedo penetrar en esas habitaciones.... Si por una casualidad se estravía alguna cosa, entonces seré tambien víctima de una acusacion infamante.... (*Ruido de coche.*)

AMBROSIO.—Eso supuesto, vaya vd. á esperarme á su casa.... el coche aguarda á vd. (*Se presenta un criado.*) ¡Vamos...! (*al criado*) Eh...! entregó vd. las cartas?

CRIADO.—Sí, señor.

AMBROSIO.—Puede vd. retirarse. *(á Luisa.)* Eche vd. al olvido todo lo ocurrido.... dentro de poco sabré dónde han llevado á su hermano de vd., y haré cuanto esté de mi parte por ponerle en libertad.... Aquí, como en todas partes, con cierto talisman se consigue todo.... lo muy difícil, con plata.... lo que parece imposible, con oro.... Tenga vd., pues, confianza en mí.

LUISA.—Un no sé qué me dice que la proteccion de vd. debe sernos favorable.

AMBROSIO.—No anticipemos los sucesos, sobre todo, no perdamos el tiempo. Vamos. *(La acompaña y vuelve al proscenio.)*

ESCENA XIII.

AMBROSIO, (*solo.*)

Está visto...! Ahora debo sofocar todo sentimiento de gratitud, y herir para curar...! Pero cómo es que Cárlos...? me confundo...! Si fue-

ra cierto que esa jóven tan bella, tan ingenua.... No! no puede ser.... y sin embargo, yo siento aquí dentro del pecho un sentimiento nuevo, consolador...! Vamos, ya empiezo á delirar....

ESCENA XIV.

AMBROSIO, PEDRO.

PEDRO, *por el foro,*--Tra, la lira lara lira la lá! ¡Victoria! Ah! Sr. D. Ambrosio, me alegro que esté vd. aquí..... he corrido mas que un general; pero eso no importa, merezco un ascenso.... Cárlos se halla preso en el cuartel de Mina... á dos pasos de aquí.... He visto al juez... (*al oído.*) Es todo un cuadrúpedo. .! Mediante una buena fianza está dispuesto á poner al pájaro en libertad.... He ofrecido la de vd. y ha sido admitida.... Con que....

AMBROSIO.--De dónde me conocerá ese buen señor...?

PEDRO.--¡Toma! Los jueces son como los perros de caza, salvo una pequeña diferencia, y es, que éstos no olfatean bien mas que los metales.

AMBROSIO.--Entiendo.

PEDRO.--Pues al buen entendedor....

AMBROSIO.--Basta. (*Se pone á escribir.*)

PEDRO, (*aparte*).--No! pues yo tampoco carezco de olfato...! Al momento conocí que este prójimo tiene el riñon bien cubierto; y como dice el refran, que quien á buen árbol se arrima... pues! ¡Caramba..! ese Lamanna hace muy mal los chalecos.... siempre tienen los bolsillos vacíos. ¡Ah! (*Saca un papel.*)

AMBROSIO.—¿Qué hay...?

PEDRO.—¡Se me olvidaba lo mejor! Vd. que es hombre que no se mama el dedo, fácilmente habrá conocido que mi buen amígo Cárlos se halla en estado de bancarrota. Esto supuesto, nuestro prisionero ha barruntado que mientras esté en jaula, su hermana necesita algo de numerario para hacer por la vida, y como no le queda mas que esta prenda.... *(Desenvuelve un medallon.)*

AMBROSIO.—¡Véamos!

PEDRO.—Es el retrato de una qué sé yo quién....

AMBROSIO.—¡Cielos!

PEDRO.—¡Eh!

AMBROSIO.--¡Será posible...!

PEDRO.--¡Demonio! ¿qué le dá...?

Ambrosio, (*vivamente*).--¿De dónde ha tomado Cárlos este medallon? Vamos, responda vd., con dos mil de á caballo!

Pedro.—Pero ...

Ambrosio.--Qué pero ni qué pito.... responda vd...!

Pedro.—No se enfade vd.... Supongo que para responder á la pregunta es menester saber algo sobre el asunto....

Ambrosio.—Es claro.

Pedro.—Pues haga vd. de cuenta que no sé nada.

Ambrosio.--¿Cómo nada?

Pedro.--O lo que es lo mismo, que lo ignoro todo...!

Ambrosio, (*con agitacion*).--¡Ah! es preciso que vea yo á Cárlos al momento.... ahora mismo.... lo quiero, lo exijo!

Pedro.--Facilito es...! ¿Cómo quiere vd. que sin la fianza...?

Ambrosio.—Tome vd., este papel debe bastar.... Vamos, despache vd...!

Pedro, (*corriendo*).--Voy volando como un cohete! (*volviendo*) ¡Ah! venga el medallon.... voy á llevarle á una casa de empeño.

Ambrosio.--¡Nunca! este medallon es mio!

Pedro.--Esta sí que es mas negra...! La pobre Luisa va á morirse de hambre.... espichará como un pajarito....

Ambrosio.--¡Morir mi hija...! No! mil veces no!

Pedro, (*aparte*).--¡Su hija...! Si tendré que llevarle á San Hipólito.

Ambrosio.--¿Qué? qué está vd. diciendo ahí...?

Pedro, (*retrocediendo*).--¡Nada! nada! decia que el sistema hidropático es bueno para.... Ya se vé, una hija.... pues!

Ambrosio.--No hay duda, Luisa debe ser mi hija.... pero Cárlos.... ¡Ah! aquí hay un enigma que no acierto á descifrar.... ¿Todavia está vd. aquí...? Tome vd.... ahí hay oro...! yo tengo mucho oro, mucho..! es para mi hija.... para mi hija, que hace doce años no puedo encontrar.... Corra vd. á decirla que aquí está su padre.... no, no vaya vd... no sea que una equivocacion....

Pedro.--Estoy en babia! Si me esplicará vd....

Ambrosio.--¿Cómo? ¿Todavia no comprende vd. que tengo una hija, y que la busco en vano hace doce años...? ¿No comprende vd. que este medallon no podia pasar á otras manos que á las de mi hija, habiendo muerto la madre hace algun tiempo...? ¿No comprende vd. que alimento una esperanza que es para mí la vida? ¡Ah! si vd. supiera lo que es el cariño de padre, el de madre...

Pedro.--¿Eh? No, eso de madre, declaro que no está en mis atri-

buciones...! En cuanto á padre, si lo soy, confieso que lo ignoro hasta la fecha.

AMBROSIO.--¿Qué me importa á mí que vd. lo ignore...? Quiero ver á Cárlos, á Luisa.... quiero salir de una vez de la horrible incertidumbre en que me encuentro.... Mi sombrero...! aquí me tiene vd. charlando como una cotorra, en vez de.... ¡Jesus! qué posma...! Vamos, muévase vd.

PEDRO, (*yendo de aquí para allá*).--Pero señor....

AMBROSIO.--Despache vd. ó le deslomo....

PEDRO, (*sale corriendo*).--¡Cáscaras...!

ESCENA XV.

AEBROSIO (*solo.*)

Dios mio...! yo te doy gracias...! ¿Pero ese Cárlos, quién es...? Al separarme de mi pobre María, yo no tenia mas que una hija.... Cómo es que ese jóven ha tenido este medallon en su poder tanto tiempo y ahora llama á Luisa su hermana...? ¡Ah! tal vez María, durante mi ausencia ... No puede ser...! Cárlos tiene mas edad que Luisa.... eso se conoce al momento...! Ea...! corramos á verla. (*Se va por el foro.*)

ESCENA XVI.

DOÑA CLARA, (*por la izquierda.*)

Vamos.... creo que el baile no dejará nada que desear.... Lo que me inquieta es que no veo dinero en casa.... Ay! ay..! mucho me temo que Fernando haya hecho alguna de las suyas.... Ese D. Ambrosio me ha dejado fria.... pero ea....! como habia uno de aruinarse de la noche á la mañana...? (*Ruido de coche.*) Un carruaje ha parado á la puerta.... quién será...? (*Va hácia el foro.*)

ESCENA XVII.

CLARA, FERNANDO, ISABEL, LUIS, (*por el foro.*)

FERNANDO.--Vaya un aguacero el que se prepara...! si cae, adios baile...!

ISABEL.--Si estoy de malas.... basta que sea hoy el dia de mi cumpleaños para que todo se presente mal.

FERNANDO.—¿Dónde está Luisita?

CLARA.--Qué sé yo....

ISABEL.--Estará en mi gabinete.... voy á verla.... No sé por qué esa mosquita muerta.... (*Se va por la derecha.*)

CLARA--D. Luis, acompañe vd. á Isabel.

LUIS.—Con mil amores. (*Sigue á Isabel.*)

ESCENA XVIII.

FERNANDO, CLARA.

CLARA.--Sentémonos.

FERNANDO.—¿Para qué...?

CLARA.--Tenemos que hablar. (*Se sientan.*)

FERNANDO, (*aparte*).—Malo!

CLARA.--Vamos, dime la verdad, Fernando.... ¿En qué estado se encuentran nuestros negocios? La hacienda de San Lúcas....

FERNANDO, (*aparte*).—Estoy en un potro...!

CLARA.—¿Será cierto lo que me ha dicho D. Ambrosio...? ¡Hum...! en tu semblante veo que no me ha engañado....

FERNANDO.—Es cierto, madre mia.... estamos arruinados; pero silencio, por Dios...! todo puede componerse todavia.... si se publica nuestra ruina somos perdidos. Entre nosotros, el esterior lo hace todo.... mantengamos, pues, al mundo en su error...

CLARA.—Pero, ¿cómo que de la noche á la mañana...?

FERNANDO.—Ya lo sabrá vd. todo despues.... (*aparte*) Tengo esperanzas de desmontar hoy....

CLARA.--No, no, yo insisto en saber....

FERNANDO, (*levantándose*).—Chit....

CLARA.—¿Cómo...?

ESCENA XIX.

DICHOS, LUIS, ISABEL.

ISABEL.--Luisita se ha marchado sin duda.... No la encuentro.

LUIS.—No hay que apurarse por eso.... *(aparte)* Calla...! parece que ha habido algo aquí....

ISABEL, *(á Clara)*.--¿Está vd. de flato, mamá?

CLARA.--No.... yo no.... sino que....

FERNANDO.—¡Ea...! por hoy, entreguémonos al placer.... tras la tormenta viene la calma.... Ya veremos mañana si....

CLARA, (*bajo á Fernando*).—Falta dinero para los helados, los sorbetes, y creo que no alcanzarán los licores.

FERNANDO, (*bajo, aparte á Clara*).—No tenga vd. cuidado.... ahora pasaré al Bazar para que manden todo lo necesario. Silencio sobre todo.

ESCENA XX.

DICHOS, PEDRO, (*foro.*)

PEDRO.—¡Cáspita! aquí tienen vdes. un empleado en infusion....

ISABEL.--¿Sigue lloviendo...?

PEDRO.—A cántaros. He corrido como un gamo.... Cárlos está ya libre.

TODOS.—¿Libre?

PEDRO.—Por supuesto.... D. Ambrosio ha dado una fianza que parece ser de mucho peso. Estoy seguro que ese hombre nada en oro.

FERNANDO.--¿Cómo?

PEDRO.—Así lo ha dicho.... he aquí un bolsillo con cuarenta onzas que me entregó para Cárlos.... pero ese zopenco no lo ha admitido.....

FERNANDO.--¡Venga! yo me encargo de hacérselo tomar (*se lo quita*) de grado ó de fuerza. *(Aparte)* Con esto hay para salir del atolladero.

PEDRO.--Qué cosas se ven en este mundo. Figúrense vdes que Luisa es hija de D. Ambrosio.

FERNANDO Y CLARA.—¿Su hija?

ISABEL.--Luego D. Cárlos es su hijo tambien?

PEDRO.—Qué sé yo.... pero bien puede ser.

ISABEL, (*aparte.*)—Esta noche acabo de volverle loco.... y si es cierto que es rico....

FERNANDO, (*aparte*).—¡Cáspita...! Luisita puede ser mi puerto de salvacion.... Es menester engatuzarla á todo trance.... ¡Feliz idea...!

ISABEL.--Mamá, es menester mandar convidar á D. Carlitos con mucha instancia.

CLARA.—Por supuesto.... *(aparte)* Al cabo es rico!

PEDRO.—Es probable que no admita.... lo de las alhajas le ha llegado al alma.... y sin embargo, estoy seguro de que no es él el ladron.

ISABEL, [*sentándose á la mesa y escribiendo*].--Esto bastará para que acuda.

FERNANDO, [*acercándose*].--¿Vas á escribirle?

ISABEL.--Sí, y á Luisita tambien....

FERNANDO.--¡Bien pensado!

ESCENA XXI.

DICHOS, DON AMBROSIO.

AMBROSIO.--Buenas tardes.

FERNANDO, [*con afabilidad*].--Sr. D. Ambrosio....

CLARA, [*con zalamería*].--Amigo mio.

ISABEL, [*idem*].--Estará vd. empapado....

LUIS, [*obsequiosamente*].--Vamos, tome vd. asiento.

CLARA.--¡Jesus! si está calado el sombrero....

AMBROSIO.--Maldito lo que me importa.... Eh! déjenme vdes. en paz.... no me gusta que me mimen, ni que me atosiguen con atenciones estudiadas.

PEDRO, (*aparte*).—Sópiate esa.

CLARA.--Estudiadas...?

AMBROSIO.—Lo dicho! para decir lo que pienso, nunca me ando por las ramas. (*á Pedro.*) Ah! diga vd., ¿cumplió vd. con mi encargo?

PEDRO.--Al pié de la letra.

AMBROSIO, (*levantándose*).--Supongo que habrá vd. sabido callar. (*bajo*) ¿Le dió vd. el dinero?

PEDRO, *(bajo)*.—D. Fernando se ha encargado de entregárselo. Tiene el bolsillo en su poder.

AMBROSIO, *(idem)*.--Torpe...! *(alto)* Señora Doña Clara, ya puede vd. buscar otro alojamiento. Esta casa me pertenece, y la necesito.

CLARA.--¿Cómo?

FERNANDO, (*bajo, aparte*)..--Por Dios! no me pierda vd. antes de tiempo...!

AMBROSIO, *(alto, sacando papeles)*.--He aquí los documentos que prueban que soy dueño de esta casa y de la hacienda de San Lúcas que he comprado con plata sonante.

CLARA.--Luego era cierto...?

AMBROSIO.—Que está vd. arruinada, y que el leon ha quedado sin uñas; pero no he querido que los bienes de mi mejor amigo pasen á otras manos que las mias. El baile tendrá efecto como si tal cosa.... hará vd. los honores de la casa; pero mañana puede ir á otra parte con la música.

Isabel.—Esplícate, Fernando, ¿qué significa esto?

Fernando.—Esto significa que soy hombre perdido...! (*Cae abismado sobre una silla.*)

Luis.--Adios, Fernando.... Señoras á los piés de vdes.... (*ap.*) Aquí no tengo ya nada que hacer.

Fernando.--¿Me abandonas...?

Luis.--No; esta noche nos veremos. (*bajo*) Avísame si aciertas los cinco á la dobla. *(Se va.)*

ESCENA XXII.

DICHOS, *menos* LUIS, *luego* CARLOS.

Ambrosio, *(viendo salir á Luis)*.--He ahí otro hombre inútil á su patria y á la sociedad; pero es todo un elegante, y pasa por algo. (*Con jovialidad.*) Conque vamos, está todo listo para el baile...? Esta noche quiero divertirme como nunca.... Iremos al teatro. ¿Qué comedia se representa?

Pedro.—Una nueva, traducida del francés.

Ambrosio.—¡Siempre traducciones...! ya se vé, ¿quién diablos se devana los sesos por divertir á un público siempre indiferente, y siempre dispuesto á cortar las álas á todo el que se arriesga á ensayarse en arte tan dificil...? Aplausos para lo de estranjis, frenesí por lo gabacho, y menosprecio y severidad para lo nuestro! y así se atreven algunos á quejarse de la pobreza de nuestra literatura nacional! Indulgencia y proteccion: esta debia de ser nuestra divisa. Si entre cien poetastros descuella un verdadero poeta, ¿no queda el público pagado con usura el mal rato que le dieron los otros noventa y nueve...?

Carlos, *(por el foro)*.—¡Buenas tardes! (*abrazando á Ambrosio.*) Sr. D. Ambrosio...! Señora, disimule vd. que despues de lo ocurrido me atreva á presentarme en esta casa.... pero creo que será la última vez que lo haga.

Ambrosio.—Al contrario...! espero que venga vd. todos los dias y que esta noche baile vd. hasta reventar.

Isabel.--Cuento con vd. para la primera contradanza....

Carlos.--Tanta bondad....

Isabel.--Aquí tiene vd. la esquela que iba á enviarle ahora mismo.

Carlos, (*despues de leer*).--¡Cielos! ¿será cierto...?

Isabel, (*bajo*).--¡Ingrato!

CARLOS.--¡Ah...!

FERNANDO.--Olvidemos lo pasado y téngame vd. por su verdadero amigo. No sé cómo diablos pudo vd. pensar que.... Bá...! hasta la noche.... (*Se va.*)

AMBROSIO, (*á Pedro, bajo*).--Sígale vd. y vuelva á decirme á dónde va.

PEDRO, (*bajo*).--Así lo haré. (*alto*) Señoras, hasta luego. (*Se va.*)

ESCENA XXIII.

AMBROSIO, CLARA, ISABEL, CARLOS.

AMBROSIO, (*bajo*).--Señora Doña Clara, no olvide vd. mi prediccion. Su hijo de vd. morirá de hambre...!

CLARA.--¡Morirá!

AMBROSIO.--¡De hambre!

CLARA, (*cayéndose en una silla*).--¡Ah! *(Cárlos é Isabel van hácia ella.)*

AMBROSIO, (*aparte*).--¡Ya está dado el golpe de gracia! ¡Adelante...!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.--Foro iluminado.

ESCENA I.

CARLOS, ISABEL, (*de bracero.*)

ISABEL.—Sentémonos sobre este sofá.... Ya verá que concurrido está el baile en cuanto termine la comedia.... ¡Ah! le prevengo á vd. que soy muy celosa.... cuento con vd. para todas las contradanzas.... cuidado con bailar con otra...!

CARLOS.—Haré cuanto vd. me mande.

ISABEL.—¿De veras, D. Carlitos?

CARLOS.--Nunca he sabido mentir...!

ISABEL, (*con coquetería progresiva*).--Pues voy á hacer á vd. una confesion...! No, no me vea vd. porque me pondré colorada...! ¿D. Carlitos, me ama vd. de veras...?

CARLOS.--¡Con toda mi alma!

ISABEL.—¿A mí sola...?

CARLOS.—Es posible acaso amar á otra despues de haber conocido á vd.?

ISABEL.—Es que mienten tanto los hombres! En el dia sobre todo...

CARLOS.—¡Ah! por Dios que cese vd. de poner en duda mi estimacion y mi cariño.

ISABEL.—¡Pues bien ..! vivamos únicamente el uno para el otro...!

CARLOS.—¿Será cierto lo que oigo...? ¡Mi bien...!

ISABEL, (*con abandono*).—¡Amor mio!

CARLOS, (*besándola la mano*).—¡Ah!

ISABEL, (*retirándola*).—¡Quieto! quieto..! todavia no permito tanto...

CARLOS.—¿Cómo?

ISABEL.—Por supuesto...! Cuando la Iglesia sancione nuestro amor, entonces....

CARLOS.—Bien sabe vd., Isabelita que yo no aspiro á otra cosa....

ISABEL.—Siendo así, bese vd.

CARLOS.—¡Tanta dicha...!

ESCENA II.

DICHOS, FERNANDO, PEDRO.

PEDRO.—¡Bravo!

FERNANDO.—¡Hola ..! parece que se entienden vdes. perfectamente...? me alegro! (*bajo á Isabel.*) Adelante...! no le dejes de la mano..!

ISABEL, (*bajo*).—¡Cá...! ya ha tragado todo el anzuelo...! (*Preludio de cuadrillas.*) Cuadrillas! Vamos, D. Carlitos...! ¡Ah! no...! bailaremos la contradanza. (*á Fernando.*) ¿Tienes compañera?

FERNANDO.—No. Luisita está ya comprometida.

ISABEL.—Pues ven conmigo.

FERNANDO.—¡Vamos! (*Se van por el foro.*)

ESCENA III.

PEDRO, CARLOS.

CARLOS.—¡Albricias, Perico..! Isabel me ama, y me lo ha confesado!

PEDRO.—¡Ah! bribon!

CARLOS.—Soy el hombre mas feliz de toda la cristiandad!

PEDRO.—Cuidado, Cárlos, cuidado...! Mira que las hijas de Eva son mala yerba.

Carlos.--Isabel es un ángel.

Pedro.--¡Hu...!

Carlos.--Me exige que baile con ella todas las contradanzas.

Pedro.--¿Sí...? pues dale gracias al frac nuevo...!

Carlos.--¿He...?

Pedro.--Yo conozco á mi gente...! Cárlos, esa muger te engaña....

Carlos.--¿Quieres reñir conmigo?

Pedro.--No, eso no.

Carlos.--Pues no repitas semejante blasfemia.

Pedro.--Pase por blasfemia; pero ya veremos..! A propósito: no has reparado en lo obsequioso y atento que está Fernando con tu hermana?

Carlos.--Aun cuando así sea, ¿qué importa...?

Pedro.--Nada; pero es el caso que D. Ambrosio.... (*aparte*) Por poco hago una animalada...! (*alto*) Ah! ¿quieres un helado...? (*Lo toma de una mesa.*) Caramba! que hambre tengo siempre.... Yo no sé cómo olvida el gobierno con tanta frecuencia que no hay estómago mas exigente que el de un empleado.

ESCENA IV.

DICHOS, DON AMBROSIO.

Ambrosio.—¡Que me emplumen si vuelvo á la comedia...!

Pedro.--¿Qué le ha sucedido á vd...?

Ambrosio.--¡Friolera...! he pagado un duro por ver una comedia y no he visto nada. Mi mala estrella quiso que mi asiento quedase en medio de dos mozalvetes, dos leones insoportables. Uno de ellos me ha dejado mas ahumado que un arengue; el otro, á poco de empezado el drama, se puso á tocar una especie de sinfonía con el baston, porque la pieza no era de su gusto.... quién cecea, quién chit! chit...! Telon! telon...! fuera cócoras! Fuera léperos! Alborótanse las masas populares.... empiezan á llover cojines.... ¡ay! era aquello un campo de Agramante...! Como era natural, me puse de mal humor, y quise reconvenir á aquellos perturbadores del órden; pero ¡cá...! apenas hube tomado mi sombrero para salir, cuando un *mau!* me hace volver el rostro: *pido villa*, dicen por el otro lado: en esto me cae encima un cojin.... empiezan las risotadas; y hecho blanco de la burla de aquellos pisaverdes, salí echando los bofes de despecho...!

Pedro.--El lance no era para menos...!

AMBROSIO.--Sí; pero no seré yo quien se esponga de nuevo á estos arrebatos del pueblo soberano! D. Carlitos, ¿no va vd. á bailar?

ESCENA V.

DICHOS, ISABEL.

ISABEL, (*por el foro*).—Vamos, D. Carlitos, una hora hace que aguardo á vd.

CARLOS.—Sr. D. Ambrosio, permítame vd. que....

AMBROSIO.--Sí, sí, vayan vdes...! (*Se van Cárlos é Isabel.*)

ESCENA VI.

PEDRO, DON AMBROSIO.

AMBROSIO.--Hola! parece que siguen las firmas..! Su amigo de vd. se ha empeñado en sufrir un doloroso desengaño: esa jóven no hace mas que burlarse de él.... Ah! cumplió vd. con mi encargo?

PEDRO, (*dándole un bulto de papel*).—Al pié de la letra.

AMBROSIO, (*guardándolo*).—¡Si no podia ser de otra manera...! Y ha sabido vd. callar?

PEDRO.—Como un muerto!

AMBROSIO.--Pues ya verá que divertido acabará el baile.

PEDRO.—¿Qué piensa vd. hacer?

AMBROSIO.--No conviene por ahora que lo sepa vd.

PEDRO.—Paciencia! Voy á ver si han dispuesto algo de cenar...! ¡O apetito garrafal, cuándo cesarás de atormentarme! (*Se va por el foro.*)

ESCENA VII.

DON AMBROSIO, (*solo.*)

Preparemos ahora las baterías para hacer un fuego graneado bien sostenido ..! Tener compasion de ese miserable seria un absurdo...! Ah! hácia aquí viene Luisa con Fernando. Desde allí es fácil escuchar... (*Entra en la habitacion de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

LUISA, FERNANDO, (*del brazo.*)

FERNANDO.—¿Será posible, Luisita, que lleve vd. su crueldad hasta el punto de negarme una palabra de esperanza?

Luisa.—Pero, ¿qué quiere vd. que yo le diga? ¿qué pruebas me ha dado vd. de su amor? de ese amor que es para mí un enigma inesplicable...? Ninguna...!

Fernando.--Hable vd y quedará al momento obedecida.

Luisa.—Cuidado! porque soy muy exigente!

Fernando.--Por vd. no conozco sacrificio imposible. Por vd. no retrocederia ante la infamia y el deshonor!

Luisa.—Ahora me recuerda vd. lo ocurrido hoy! Si fuera cierto que me ama vd., ¿hubiera permitido tan villanamente que pesara sobre mí una sospecha altamente injuriosa...? ¿Hubiera vd. permitido que D. Luis hiciera gala en su presencia de la mas insultante ironía? ¿No hubiera vd. hecho lo posible para averiguar el paradero de las alhajas perdidas, en vez de negar que delante de vd. las puse sobre aquella cómoda?

Fernando.—¿Y si asegurara á vd. que han parecido?

Luisa.--¿Cómo?

Ambrosio, [*asomando la cabeza*].--¿Qué dice?

Fernando.--¿Si diera á vd. mi palabra de honor de que ya están en mi poder?

Luisa.--Entonces....

Fernando.--¿Y bien?

Ambrosio, (*saliendo*).--Entonces sostendria ante el mundo entero que ha mentido vd. como un belláco!

Fernando, (*aparte*).--¡Cielos! nos escuchaba!

Luisa.--D. Ambrosio!

Fernando--Quisiera saber caballero, con qué derecho se mezcla vd. en todos mis asuntos?

Ambrosio, (*agarrándole de un brazo, bajo*).—Con el derecho que tiene todo hombre honrado para denunciar á un ladron...!

Fernando, (*aparte*).--Ah! (*bajo*) Silencio, por Dios!

Ambrosio, (*bajo*).--Consiento; pero retírese vd.!

Fernando, (*aparte*).--Este hombre es el mismo demonio! (*á Luisa*) Pronto estoy con vd. (*Se va.*)

ESCENA IX.

AMBROSIO, LUISA.

Luisa.--¿Qué ha sucedido Sr. D. Ambrosio?

Ambrosio.--Nada que merezca la pena de referirse. D. Fernando por tranquilizar á vd., la ha asegurado que tiene las alhajas perdidas

en su poder: y como no puedo tolerar una mentira.... En fin, yo me entiendo.

LUISA.--Pues de ello acaba de darme su palabra de honor!

AMBROSIO.--De la misma manera con que miente á vd. amor y ternura. ¿Dígame vd., Luisita, conoce vd. este medallon?

LUISA.--Sí; pero ¿cómo es que está en poder de vd.?

AMBROSIO.--Su hermano de vd. me lo ha prestado para salir de una duda. Quisiera saber quién fué su primitivo dueño

LUISA.--Bástele á vd. saber que es mio.

AMBROSIO.--Pero antes era de una muger á quien llamaban María Hermosilla?

LUISA.—Sí, de una pobre muger que nació para llorar y sufrir.... ¡Pobre madre mia...!

AMBROSIO.—¡Su madre...! ah...!

LUISA.--¿La conoció vd.?

AMBROSIO.—Mucho!

LUISA.--¿No es verdad que era digna de compasion...? abandonada por un pérfido seductor, hubiera muerto de miseria, si una mano desconocida no la hubiera socorrido. De repente cesó esa proteccion y desde entoncces....

AMBROSIO.—Prosiga vd.

LUISA.--Pero qué interes...?

AMBROSIO.—Pronto lo sabrá vd. todo!

LUISA, (*sollozando*).--Una enfermedad incurable condujo á mi pobre madre al sepulcro.... En su agonia manifestaba claramente que á la tumba la seguia un mortal secreto; pero murió con él...! Si á lo menos hubiera revelado el nombre de su seductor....

AMBROSIO.--Si lo hubiera revelado, sabria vd. en el dia quien es su padre!

LUISA.--Sí, para echarle en cara su negro abandono; para afear su conducta tan desleal é inhumana...! Yo no sé si los vínculos de la sangre me imponen el deber de olvidar las faltas de mi padre; pero ¿qué le debo yo á un hombre que es causa de la vida miserable que llevó mi madre querida, que es tal vez causa de su muerte prematura, y que no me ha legado mas patrimonio que la deshonra y la orfandad....?

AMBROSIO, (*muy conmovido*).--¿Y tendria vd. valor, Luisa, para repetir esas amargas palabras á su padre mismo si se presentara en este momento?

Luisa.--Lo tendria, porque desde jóven me acostumbraron á no transigir con el deber...! Y ¿qué serian mis palabras en comparacion de las lágrimas que mi adorada madre derramó hasta sus últimos momentos...? Si se quiere, serian una expiacion de todo punto merecida!

Ambrosio.--Pero si ese hombre, ese seductor, como vd. le llama, aunque no lo fué porque estaba legítimamente casado, hubiera ya expiado en el silencio y la soledad, esa para vd. horrible falta, hija únicamente de los acontecimientos políticos de la época; si ese hombre, repito, no tuviera en el dia mas pensamiento que el de reparar los males que ocasionó involuntariamente; si ese hombre hubiera encanecido en busca de su hija, y en vista de sus sentidas quejas, no pudiera resistir á la tentacion de decirla de rodillas: ¡Perdon, hija mia, perdon! *(Se arrodilla.)*

Luisa, (*estremeciéndose y sofocada*).--Ah...!

Ambrosio, (*llorando*).--Tendria vd. valor para verle derramar lágrimas de sangre, sin tenderle una mano cariñosa para levantarle del suelo, porque ya le flaquean las rodillas...! tendria vd. valor para verle morir á sus piés...?

Luisa.--¡Ah! no! no...! calle vd. por piedad, que me está desgarrando el alma...! ¡No! no...! si mi padre estuviese presente... aquí... solamente aquí, entre mis brazos, hallaria una tumba digna de él y de mí....!

Ambrosio, (*arrojándose en sus brazos*).--¡Hija del alma!

Luisa.--¡Ah...! ¡Vos, vos mi padre...! y yo he sido causa de esas lágrimas que me queman...! ah! padre mio, perdon...! (*Cae de rodillas.*) Yo soy quien debe pedir perdon...!

Ambrosio, (*levantándola*).--¡Luisa adorada!

Luisa, (*levantándose y enjugándole las lágrimas*).--¡Ah...! que no le vean á vd. llorar...! yo no quiero, no quiero que se me acuse de haberle hecho á vd. llorar...! ¡Dios mio...! ¿qué hecho yo para merecer tan inesperada dicha...? ¡Madre! madre idolatrada que me contemplas desde esa altura, ruégale al Señor porque no me mate la alegría....! Ah...! (*Se desmaya en brazos de D. Ambrosio.*)

Ambrosio.--¡Cielos...! se desmaya...! y nadie acude.... Pedro, Cárlos! Cárlos! *(Se sienta sobre el sofá.)*

ESCENA X.

DICHOS, PEDRO, CARLOS, *luego* FERNANDO E ISABEL.

PEDRO.--¡Ave María Purísima...! ¿qué ha sucedido por aquí? Huy! ha habido patatus!

CARLOS.--¡Luisa...! ¿pero qué significa...?

AMBROSIO.—No.... creo que no será cosa de cuidado! Tranquilícese vd.....

PEDRO.—Mandaremos llamar una partera.... una.... No! mejor será aplicarle un helado en el cerebro.... Sí, sí, voy por él.... (*Se va y vuelve á poco con un helado.*)

FERNANDO, (*aparte*).--Parece que ha habido novedad.

ISABEL, (*asistiéndola*).--Adios! se desmayó....

PEDRO, (*corriendo*).—A ver si con este helado de pio-pio....

AMBROSIO, (*rechazándole*).--¡Quite vd., profano....!

PEDRO.—Bueno. .! yo que siempre tengo hambre.... (*Se lo toma, aparte.*) Sin duda estalló la bomba...! Mejor! así sabe uno desde luego á qué atenerse.

FERNANDO, *(aparte á Pedro)*.--Perico, tú que estás en candelero con D. Ambrosio, no podrias ponerme al tanto de lo que pasa?

PEDRO, *(idem)*.—Sí podria; pero hay un inconveniente.

FERNANDO, (*idem*).—¿Cuál?

PEDRO, (*idem*).--Que he prometido callar como una estátua.

FERNANDO, (*idem*).--Hace poco me ha dado á entender que las alhajas han parecido....

PEDRO (*idem*).--Sí, D. Ambrosio las ha comprado en una casa de juego precisamente cuando iban á rifarse....

FERNANDO, (*idem*).—¿Pero quién fué el que...?

PEDRO, (*idem*).—Eso es lo que no sabemos!

FERNANDO, (*aparte*).—¡Ah! respiro! (*Se pone á escribir.*)

AMBROSIO.--Creo que ya vuelve en sí...!

CARLOS.--¡Luisa...!

LUISA, (*abriendo los ojos y viendo á su lado á D. Ambrosio*).--¡Ah...! (*Le abraza.*)

AMBROSIO.—Bien decia yo que no podia ser cosa de cuidado...! ¿No es verdad...?

FERNANDO, (*aparte, levantándose*).--Con esto, quedo mas limpio que una patena...! De lo demas, me lavo las manos!

PEDRO, (*á Fernando*).--Escucha, Fernando, ¿qué no hay nada dispuesto para cenar? Ya estoy harto de lacticinios cuajados: quisiera algo que se pegue al riñon!....

FERNANDO.—Dentro de una hora quedarás satisfecho.

PEDRO.—Sí?.... pues aunque me rompa el bautismo, voy á bailar una mazurka para escitar el apetito. (*Se vá*).

LUISA.--Desearia respirar el aire fresco....

ISABEL.--Si no es mas que eso, vamos al corredor. Vaya! dame el brazo!

FERNANDO.--Acompañaré á vdes.

CARLOS.—Yo tambien!

AMBROSIO, (*bajo*).—No, quédese vd! (*Luisa da el brazo á Isabel, Fernando las sigue*).

ISABEL, (*á Luisa al irse*).--Ahora me dirás lo que te ha sucedido. (*Se van por la derecha*).

ESCENA XI.

AMBROSIO, CARLOS.

AMBROSIO.—Acabo de saber, D. Cárlitos, que vd. podria darme escelentes informes acerca de Doña María Hermosilla.

CARLOS.--La madre de Luisa

AMBROSIO.—La misma!

CARLOS.--Pero cómo ha sabido vd?....

AMBROSIO.--¿Qué es lo que no se sabe en este mundo?....

CARLOS.--Pobre muger!

AMBROSIO.-- Parece que fué muy desgraciada.

CARLOS.--Mucho!.... Yo, que vivia en la misma casa de vecindad que ella, puedo afirmarlo sin temor de que me desmientan.

AMBROSIO.--Luego Luisa no es hermana de vd?....

CARLOS.--Permítame vd. que no responda á esa pregunta que me hace vd. por tercera vez.

AMBROSIO.--Teme vd. alguna indiscrecion por mi parte?

CARLOS.--Temo faltar á mi palabra.

AMBROSIO.—A fé que está vd. misterioso esta noche; pero qué diria vd. si le asegurara que tengo derecho á reclamar de vd. una confesion de todo?

CARLOS.--Si he de hablar con franqueza, empezaria por poner en duda ese derecho de que habla vd.

Ambrosio.—Sabe vd. quién era María Hermosilla?

Carlos.—Se que fué una mujer desgraciada.

Ambrosio.—Y sabe vd. quién fué la causa de sus desgracias....?

Carlos.—Tal vez algun amante....!

Ambrosio.—Le conoció vd. amantes....?

Carlos.—Ninguno.

Ambrosio.—Pues entonces... tal vez el padre de Luisa?

Carlos.—Tal vez....

Ambrosio.—Amigo mio, puede esplicarse con franqueza, porque lo sé todo....

Carlos.—Si todo lo sabe vd., por qué me hace tanta pregunta?

Ambrosio.—Porque necesito salir de una sola duda, para no ocuparme mas que del porvenir de Luisa, de su felicidad. Cómo conoció vd. á María Hermosilla?

Carlos.—En el mas triste estado de miseria. Abandonada por un miserable, bañaba con sus lágrimas el pan que le proporcionaba una persona estraña, á quien nunca pudo descubrir. Bien pronto se vió acometida de la enfermedad que debia llevarla al sepulcro. Yo, vecino de ella, la asistí hasta el último trance, la prodigué cuantos auxilios estuvieron en mis facultades; pero todo fué en vano. Un nombre que iba á pronunciar, espiró en sus lábios....

Ambrosio, (*aparte*).—El mio sin duda.... Ah....!

Carlos.—Prométame vd. no revelar á nadie, á nadie absolutamente lo que voy á decirle.

Ambrosio.—Lo juro!

Carlos.—La infeliz María iba ya á pasar á mejor vida, con el amargo sentimiento de dejar á su hija sola en el mundo, sin amparo, sin proteccion....! En aquel momento supremo, á la cabecera de aquel lecho de muerte, juré por mi honor y mi salvacion, no abandonar á Luisa, servirla de hermano, de segundo padre....! Una inefable sonrisa se asomó entonces á los cárdenos lábios de la moribunda; y yo, lo confieso, me envanecí de mi juramento....! Cambié de habitacion á los dos dias, hice pasar á Luisa por hermana mia, y la que en el mundo habia llevado el apellido de Hermosilla, tomó el de Balbuena que podia llevar sin mengua....! porque su padre, el seductor tal vez de María, no existe ya sin duda... !

Ambrosio.—Oh! Dios mio....! Dios mio....!

Carlos.—En el libro de la desgracia he aprendido á conocer el mundo, á temer su perfidia. Por eso para evitar los tiros de la maledicen-

cia, de la calumnia, exigí á Luisa y á mi anciana madre, que guardasen fielmente el secreto de nuestra supuesta fraternidad. Ahora le he violado; pero espero que se hará vd. digno de la confianza que ha sabido inspirarme.

AMBROSIO.--Ah! gracias! gracias....! Apenas puede vd. imaginarse qué peso tan horrible me ha quitado del corazon....! Pero respóndame vd. como lo haria en la presencia de Dios: si se presentara el padre de Luisa, su legítimo padre, ¿podria vd. jurar al entregársela, que es todavia tan pura como los ángeles del trono del Señor....?

CARLOS.--Lo juraria en la presencia de Dios mismo!

AMBROSIO.--Noble jóven....! por qué hay pocos que se parezcan á vd....?

CARLOS.--A mi vez, permítame vd. una pregunta: ¿de dónde dimana ese interes tan grande que manifiesta vd. por Luisa?

AMBROSIO.--Antes de responder á ella, debo rectificar la opinion de vd. acerca del padre de Luisa. El abandono que vd. le echa en cara, nunca fué voluntario, sino efecto de las circunstancias; y en cuanto á seduccion jamas la hubo, porque Luisa es hija de un matrimonio sancionado por Dios y por los hombres. La persona que velaba sobre María, era un amigo mio, y esa proteccion hubiera continuado, á no ser por la imposibilidad de averiguar la nueva morada de Luisa, y porque la muerte vino á privarla de ese protector.

CARLOS.--Luego vd. conoce al padre de Luisa?

AMBROSIO.--Mucho! tanto como á mí mismo!

CARLOS.--Su nombre?

AMBROSIO.--Su nombre es ... ah....!

ESCENA XII.

DICHOS, PEDRO.

PEDRO, (*foro, aparte*).—Dónde diablos habré puesto mi sombrero....? Tengo el estómago como un farol, y la cena no viene en mi auxilio....

AMBROSIO.--Qué busca vd?

PEDRO.—Mi sombrero.

AMBROSIO.--Se va vd. á lo mejor?

PEDRO.—Sí; porque como ya tengo las tripas en estado federal, voy á ver á la fonda de enfrente si ha quedado un pernil, un jamon, ú otra friolerilla semejante....

Ambrosio.--No, no, aguarde vd. un poco.... (*bajo*). Cenaremos juntos; pero antes haga vd. lo posible por bailar con Isabel, y como quien quiere y no quiere la cosa, descubra vd. todo.

Pedro, (*bajo*).--Todo?

Ambrosio, (*bajo*).--Do pe á pa. ..!

Pedro, (*aparte*).--Ju! Hu....! Esto va á estar divertido....! Añadiré algo para producir mas efecto! (*Se va por la derecha*).

ESCENA XIII.

CARLOS, AMBROSIO, *luego* LUISA.

Carlos.--Conque decia vd. que el padre de Luisa es....?

Ambrosio.--Un pobre diablo si se quiere; pero no un ingrato.

Luisa, (*por la derecha*).--Padre mio! (*Se abrazan*).

Carlos.--Cielos! será cierto lo que oigo....?

Luisa.--Sí, amigo mio! Desde hoy cesa mi orfandad.--Ah! perdona, me olvidaba que tú has sido siempre mi segundo padre, y que debes continuar siendo mi hermano....!

Carlos.--Ahora lo comprendo todo....!

Ambrosio.--Olvidas tambien, hija mia, que Cárlos está á punto de contraer nuevas obligaciones.

Luisa.--Cómo?

Ambrosio.--Sin duda! ya es tiempo de que deje de suspirar por su Isabel, y de que logre el premio de su constancia! Yo le ayudaré á conseguirlo.

Luisa.--Enamorado estabas y no me lo decias? Ah! pues lo siento mucho, porque te hubiera dado un buen consejo.

Ambrosio, (*aparte, bajo*).--Cuál?

Luisa, (*bajo*).--El de no amar á esa muger!

Ambrosio, (*aparte*).--Ah....! (*á Cárlos*) Para cuándo la boda?

Carlos.--Oh! si yo pudiera....

Ambrosio.—Ya! seria esta noche misma....? Estos enamorados todo lo quieren de sopeton: entran al gremio con una facilidad que da miedo....!

ESCENA XIV.

DICHOS, CLARA, (*foro*) FERNANDO (*por la derecha.*)

Clara.--¡Cómo se entiende...! quedarse por aquí charlando, mientras hacen falta por allá para completar los grupos...! Vamos, vamos, á bailar, á divertirse...!

AMBROSIO.--Sí, sí, á divertirse..! viva la alegría y la... (*aparte*) Pues señor, es mucha pachorra la de esta gente! (*alto*) Vamos, vivo...! tra, la, lara, lá, lá, lá.... á bailar, á bailar...!

CARLOS, (*á Luisa*).--Creo que no se cambia en este momento por un rey....

LUISA, (*bajo*).--Llévame á bailar.... No quiero hacerlo con D. Fernando....

FERNANDO, (*adelantándose y ofreciéndola la mano*).--Luisita....

LUISA, (*dando la mano á Cárlos*).--Perdone vd.... estoy comprometida....! (*Se va con Cárlos.*)

ESCENA XV.

AMBROSIO, CLARA, FERNANDO.

CLARA.--¿Con que, qué tal? ¿qué le parece á vd. el baile?

AMBROSIO.--No he puesto un pié en la sala.

CLARA.--¿Pero por qué...?

AMBROSIO.--Porque no quiero ver hacer pedazos una alfombra que me pertenece?

FERNANDO, (*aparte*).--Malo...! malísimo!

AMBROSIO.--Parece que ha olvidado vd. mi prediccion, señora Doña Clara...?

CLARA.--No; pero ¿qué quiere vd. que haga...?

FERNANDO, (*aparte*).--Creo que no será malo interrumpir. (*alto*) Sr. D. Ambrosio, pronto vuelvo.... lea vd. entre tanto esta carta. (*Le da una carta y se va.*)

ESCENA XVI.

DON AMBROSIO, CLARA.

AMBROSIO.--¡Una carta abierta...! véamos la firma: ¡hola! "D. Luis del Pino...." (*La recorre con la vista.*)

CLARA.--Yo no puedo creer que á sangre fria vea vd. en la miseria á la familia de su mejor amigo.... Es verdad que Fernando ha sido amigo calavera....

AMBROSIO.--Diga vd. infame, señora!

CLARA.--¡Infame!

AMBROSIO.—Escuche vd. (*Lee.*) "Querido Fernando: Por salir airoso de un lance de honor en que me hallaba fuertemente comprometido, he cometido la villanía de tomar las alhajas de tu hermana, creyendo que con su valor el juego me sacaria de apuros. ¡He jugado y he perdido...! Al confesarte mi falta, espero tu perdon y un silencio absoluto. Tuyo afectísimo—*Luis del Pino.*"

CLARA.—¿Con que D. Luis...?

AMBROSIO.—No señora, D. Luis no es el ladron, sino su hijo de vd...

CLARA.—¡Mi hijo...! ¡Ah! en nombre del cielo, hable vd. mas bajo.

AMBROSIO.—He aquí un recibo que prueba lo que llevo dicho: ¡Su hijo de vd. es un ladron...!!! ¡Es un ladron y un infame, porque primero tolera que se sospeche de un inocente, y despues acusa á otro inocente, á su mejor amigo, suponiéndole autor de una carta que nunca ha escrito! Esta letra es de su hijo de vd.... la conozco demasiado! No sé cómo ha tenido la torpeza de olvidarlo!

CLARA, (*suplicando*).—¡Mas bajo! ¡mas bajo, por Dios...!

AMBROSIO.—No, señora: prefiero ser cruel en el dia, á ver despues arrastrar una cadena al hijo de mi mejor amigo, á quien todo lo debo, á quien cuidó en mi ausencia de mi hija abandonada! ¡Ah! si desde el cielo puede oirme su marido de vd., señora, creo que me aprobará...!

CLARA, (*arrodillándose*).—Pues en nombre de esa santa amistad, en nombre de esa misma hija, no pierda vd. á toda una familia arrepentida de su loco desvarío...! ¿Qué he hecho yo para merecer tanto rigor...?

AMBROSIO.—¿Lo que ha hecho vd...? ¿y tiene vd. valor para preguntármelo..? Ha hecho vd. de su hija una coqueta, sin mas afan que el de figurar; que solo busca grandezas y honores, á trueque de todo sentimiento delicado; que se burla de los hombres y de la sociedad, cuando uno de sus miembros la sacrifica vida y honores.... ¿Y me pregunta vd. lo que ha hecho...? ¡Por Dios! señora, que está vd. en completa posesion de lo ridículo...!

CLARA, (*levantándose*).—¿Esto mas...?

AMBROSIO.—Ha hecho vd. de su hijo un miserable, un hombre de todo punto inútil á su Dios y á su ley...! un figurin cubierto de oropel, que solo aguarda una ocasion para ser un tigre...! ¡Ah! señora, si no ha contribuido vd. á la ruina de su familia, écheme vd. á mí la culpa..!

CLARA.—Dios me lo perdone, Sr. Don Ambrosio; pero creo que es vd. mi genio del mal...!

AMBROSIO.—He aquí lo que se gana con decir la verdad..! Con razon no estraño que los aduladores estén siempre en olor de santidad.....

¡Poder de la mentira, hasta cuándo dejarás de reinar...! Me llama vd. su genio del mal, señora, porque doy cumplimiento á un triste deber; deber tanto mas sagrado, cuanto que es la última voluntad de un hombre de bien! Su marido de vd. cuidó de mi hija durante mi destierro: al morir me encargó que velase sobre su familia: ya ve vd. que por fuerza debo ser severo.

CLARA.--¿Con que no hay piedad para mí...?

AMBROSIO.—La habrá siempre que se someta vd. á la mas rigorosa tutela.

CLARA.--¡Oh! haré cuanto vd. me mande; pero líbrenos vd. de la burla y del escarnio de la sociedad en que hemos vivido...!

AMBROSIO.--Lo primero que exijo es, que se aparte vd. de esa sociedad.

CLARA.--¡Lo haré!

AMBROSIO.—Su hija de vd. ganará su sustento con el dedal y la aguja.

CLARA.--¡Ah!

AMBROSIO.—Y Fernando aprenderá un oficio.... el de zapatero ó albañil....

CLARA.--¡Albañil...!

AMBROSIO.--Un albañil que gana su vida con el sudor de su frente, vale mil veces mas que un leon como su hijo de vd... Silencio! alguien viene.

ESCENA XVII.

DICHOS, PEDRO E ISABEL (*por la derecha.*) CARLOS, LUISA Y FERNANDO (*por el foro.*)

[*Luisa sale de bracero con Cárlos: Fernando la corteja.*]

AMBROSIO, (*bajo á Pedro*).--Y bien?

PEDRO, (*bajo*).—Se ha queda patitiesa...!

AMBROSIO, (*idem*).--Mejor!

[*Cárlos deja á Luisa y va al lado de Isabel.*]

PEDRO, (*idem*).—Por fin, ¿Cuándo cenamos?

AMBROSIO, (*idem*).--Aguarde vd., hombre de Dios...! (*alto*) Isabelita, ya es tiempo de que saque vd. una alma del purgatorio.... ¿me admite vd. por padrino de la boda?

Isabel.--¿Qué boda?

Ambrosio.--¿Pues no se casa vd. con D. Cárlos...?

Isabel.--Yo...? jamas! (*aparte*) No era su hijo!

Carlos, (*yendo hácia ella*).--Isabel...!

Isabel.--Já! já! já...! ¿con que vd. creyó que le amaba...? Qué necedad...!

Ambrosio, (*sacando unos papeles*).—Paciencia...! consuélese vd., D. Carlitos, con estas escrituras de la hacienda de San Lúcas...! Se las regalo á vd.

Isabel, (*aparte*).—Ah!

Clara, (*bajo, aparte*)--Torpe...!

Carlos.—Señor....

Ambrosio.--Y ya que estas alhajas (*las saca*) no sirven para esta boda, serán para mi hija cuando se case.

Isabel.--Mis alhajas!

Fernando, (*aparte*).--Cielos!

Ambrosio, (*poniéndole á Luisa el aderezo*).—Aquí están bien.

Fernando, [*aparte*].—Pecho al agua y dé donde diere...! [*alto*] Luisita, acaba vd. de prometerme una respuesta: la espero con impaciencia....

Ambrosio.--De qué se trata?

Luisa.--El señor quiere casarse conmigo.

Ambrosio.--Ah...! pues no hay para que hacerle esperar.... No hagas caso de mí para responderle.

Luisa. Don Fernando, usted perdone
Si mi fuerte es la franqueza,
Ni le ofenda la llaneza
Con que me es forzoso hablar.
Me pide vd. que responda
A su atenta peticion:
Fácil es: mi corazon
No admite un cero social...!

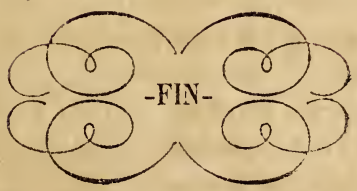
Ocupado de sí mismo,
Del frac y de la corbata,
Me espera una suerte ingrata
Si voy con usté al altar:
En el baile, en el paseo,
O en el mundo en que he vivido,

Me dirán que mi marido
No es mas que un cero social...!

Y callar será forzoso
Al verle tan perfumado,
Porque al fin me habré casado
Con un semi-hombre no mas.
Inútil para el trabajo,
Fementido en el amor,
Y por postre.... jugador. .!
No admito un cero social....!

[*Al Público.*]

Y si alguno me silbare
Por ser mala la comedia,
No he de acabar en tragedia,
Porque yo estoy por la paz;
Mas al autor del silbido,
Mostrándole con el dedo,
A solas diré muy quedo:
¡Allí está un cero social...!



Comedias originales y traducidas de la propiedad del Sr. Serán.

Un pecado rancio.
Váyase lo uno por lo otro.
Margarita de Seuneville.
El rico y el pobre.
La hermana del árabe.
Las redes de Saint Cloud.
La escuela de las jóvenes.
Una restitucion.
El leon y la rata.
Un soldado y dos maridos.
¡Qué barahunda!
La hija del regimiento.
El marido de la viuda.
Nelly, ó amor y desórden.
Cuando entra, no sale.
La pavera.
La bella y la fiera.
Nicanora.
La cartera.
Casualidad y calumnía.
Pecar y pagar.
La guerra de las mugeres.
El pulchinela.
El caballero de los abrojos.
El caballero d'Esonne.
El querubin de las damas.
Malvina de Auberive.
Los siete castillos del diablo.
Otra noche toledana.
La boba de Logroño.
El guarda-bosque.
El especiero de Chantilly.
Bigotes.
Fiorina.
La isla de un príncipe.
Una salvajada.
Para llegar á ministro....
Amor é imposible.
La poesía de los amores.
El doctor negro.
Las dos hijas del doctor.